



FRANK KING

Saldo EN Rojo



© Frank King

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Pinto (Madrid)

España

Printed in Spain.

D. L. M. 28.779-1973

ISBN 84-04-01871-5

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

FRANK KING

SALDO EN ROJO

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Pinto (Madrid)
España

I

SOLO llevaba unas cuantas horas en París.

El avión de TWA que le había dejado en Orly procedía de Nueva York, si bien Brad Sturgeon había comenzado aquel viaje partiendo de Washington.

Sí, Brad Sturgeon era agente especial del FBI, adscrito a la División de Seguridad Nacional, con el raro privilegio de recibir órdenes directas de «lo alto».

Ahora estaba en París.

Más concretamente, frente al edificio del Consulado de los Estados Unidos en la capital francesa.

Penetró en el inmueble.

Conocía el camino. ¡Vaya si lo conocía! Y también al hombre con quién estaba citado.

A mitad del pasillo, abrió la doble puerta enguatada y luego llamó al batiente de madera que había detrás. Esperó.

Una voz ronca le invitó a entrar:

—¡Adelante!

Penetró en la amplia y clara estancia que dominaba el *boulevard*.

Border, el enlace del FBI en París, no parecía gozar de muy buen humor, pero este detalle era habitual en él. Consultó su reloj de pulsera, se puso de pie y lanzó un gruñido.

—Son casi las diez.

—Sí. Hemos salido de Nueva York con dos horas de retraso debido al tráfico aéreo. Ya sabe lo que son esas cosas...

—Sí, lo sé de sobra.

El «G man» esbozó una sonrisa. Luego se sentó, extendió las piernas y procedió a encender un cigarrillo. No esperaba una

cordial acogida.

—¿Se puede saber qué ocurre?

—Por supuesto. Cártter y Vega han desaparecido.

El

«G-man»

respingó.

—¿Qué?

Border empezó a pasearse por el despacho.

—Lo que oye: ¡desaparecidos! Los dos. Con cinco días de intervalo. Y cuando digo desaparecer es una forma de hablar. En el puerto de Amberes han encontrado un tipo muy parecido a Vega, si bien con la cabeza aplastada entre el muelle y un barco.

No se retrató la menor emoción en el rostro de Border. Lo cual no impedía que, a falta de amistad hacia el desaparecido, deplorase la pérdida de su colaborador.

Brad arrugó el ceño.

—Será difícil para el FBI reemplazarle.

—Seguro. Igual que a Cártter, en otro estilo.

—Ajá.

Border se apoyó con los muslos en el borde de la mesa y contempló al

«G-man»

con fijeza.

—Voy a ponerle al corriente de lo sucedido desde el principio. Creo que así ahorraremos tiempo.

—Okay. Adelante.

—Hace ocho días, un desconocido me llamó por teléfono y me anunció que poseía información de alto valor, y que necesitaba negociar su entrega contra su seguridad: o sea, derecho a asilo en los Estados Unidos y un «*modus vivendi*». Le contesto que le espero, y entonces replica que corre un grave peligro si intenta abandonar Bélgica. La primera reacción por mi parte fue colgar el teléfono. Pero, de repente, me doy cuenta de que el individuo me ha llamado por una línea directa. Hago una derivación y advierto al tipo que le envío a alguien.

El

«G-man»

encendió otro cigarrillo.

—Siga.

—Mi interlocutor fija la cita en el hotel entre Gante y Amberes. Elijo a Cáster, con la misión de entrar en contacto. Acto seguido, escucho la cinta magnetofónica que ha estado grabando toda nuestra conversación. No obtengo ningún dato. Pero el fulano ha podido modificar su voz. El mismo día; dos horas después de su llegada. Cáster me llama. El individuo acaba de telefonarle, y hay que darle un nuevo lugar de cita.

—Ajá.

Con un ademán de la mano, Border despejó el humo del cigarrillo del
«G-man».

—Ya no hay más noticias de Cáster. Pero, hace cuatro días, me llama el mismo tipo completamente aterrado. Cáster no ha acudido a la cita. Entonces le formulo varias preguntas. Me contesta que en otro tiempo ha trabajado para nosotros, lo que explica que conozca mi línea directa, pero se niega a decir en qué ocasión. También, debido a esto, no da su nombre por teléfono.

—Entiendo.

Border pasó su huesuda mano por la cara.

—Es posible que nos hallemos ante un agitador o un loco. De cualquier modo, el individuo cuenta algo. Dice que la información que puede suministrarnos es de capital importancia para el FBI. Es entonces cuando pienso en Vega. Se fija otra cita. Vega tiene como misión identificar al fulano, y sale en dirección a la segunda cita. Bien, ya conoce el resto.

—Sí. Para asesinar a un hombre como Vega habrá hecho falta un gran despliegue de fuerza y astucia. Y que el asunto lo valga.

El

«G-man»

contempló a su enlace. Tenía la impresión de que éste no le decía todo lo que sabía, pero se hallaba demasiado habituado a su trabajo para extrañarse.

En ciertos casos, era mejor no saber mucho.

—Sturgeon, debe preguntarse por qué insisto, después de haber dejado que se cargasen a dos de sus compañeros, ¿verdad?

Brad sonrió.

—No, no me interesa.

—¿No?

—El FBI confía plenamente en usted. Yo he recibido una orden. Eso es todo lo que debe interesarme.

Ahora fue Border quien sonrió.

—Venga aquí, muchacho.

El

«G-man»

se aproximó al mapa extendido en una de las mesas.

—¿Y bien?

—Entre Gante y Amberes hay tres poblaciones: Lakeren, Saint Niklaas y Beveren. Cáster tenía su cita en Lakeren, Vega en Beveren...

—Y yo en Saint Niklaas.

—Sí.

—Continúe.

—Ayer el fulano volvió a llamarme. Le exigí explicaciones.

—¿Había visto a Vega o no?

—El tipo afirmó que no. También me confirmó que los documentos que posee representan para el FBI una fuerza insospechada.

—Y usted le cree...

—Ni le creo ni dejo de creerle, Sturgeon. Juego la carta, aunque sólo exista una probabilidad entre cien de que no me engañe.

—Entiendo.

—Bien, sigamos. A quinientos metros antes de Saint Niklaas, a la derecha, hay un hotel. Usted se instalará en él y esperará a que le llamen por teléfono. Teniendo en cuenta el riesgo que va a correr, prefiero que le acompañe su compañero Trevor. En cuanto a nuestro hombre, puede tener unos sesenta años y un ligero acento. He comparado la grabación de su voz con la de otras grabaciones. Es imposible encontrar alguna que se le parezca. El tipo no quiere ser reconocido en absoluto.

Border hizo chasquear los dedos. No le gustaban los enigmas.

Y el

«G-man»

estaba ya a punto para ir al matadero.

—¿Algo más?

—Le he avisado de su llegada, Sturgeon. Le llamará al hotel por

la noche.

—Okay.

Cuando Brad Sturgeon giraba ya el pomo de la puerta, Border llamó su atención.

—Sturgeon...

—Diga.

—Cuídese mucho. Después de usted, el FBI no está dispuesto a enviarle a nadie más a ese tipo.

El

«G-man»

no pudo menos que sonreír.

—Gracias... de todos modos.

Y cerró la puerta a su espalda.

Trevor despertó s Brad Sturgeon en la frontera.

Presentaron sus documentos en el control.

Luego continuaron hacia Courtrai.

Se detuvieron en el Grand Hotel para almorzar. Era la una, y Saint Niklaas no estaba ya muy lejos.

A las dos de la tarde reemprendieron el camino de Gante.

Las aglomeraciones se sucedían casi sin interrupción a lo largo de una amplia carretera bien asfaltada sobre la que el tráfico corría a sus anchas.

Después de Gante, la autopista proseguía en plena campiña. El cielo estaba bajo y gris, y un sol pálido parecía poner una ligera pátina sobre las fachadas de ladrillos de los edificios.

El primer pueblo fue Lakeren.

Saint Niklaas estaba situado a unos quince kilómetros de distancia. Poco antes de llegar allá, el hombre del FBI divisó el albergue.

Se erigía en una especie de terraplén, a igual distancia de una estación de gasolina y de la entrada de Saint Niklaas. Estaba construido con ladrillos rojos, con una pequeña escalinata y ventanales con cristales de colores.

Trevor frenó el automóvil casi en seco.

Brad descendió del mismo.

—Regresa a Gante. Llámame cuando te hayas instalado. Así podré localizarte si te necesito.

—No hace falta. El hotel donde me alojaré es el Excélsior y el número de teléfono, el 25 33 77.

Está delante de la estación de San Pedro.

—Okay.

El hombre del FBI tomó su maleta y se dirigió al hotel, mientras el coche torcía hacia la carretera nacional, emprendiendo de nuevo la ruta de Gante.

La sala del café era baja y sombría, decorada con paneles de madera barnizada, y caldeada por una enorme chimenea de azulejos de color verde, que repartía un calor continuo y agradable. Varios individuos conversaban en torno a una mesa.

El

«G-man»

esperó acodado al mostrador.

Pocos instantes después llegó la dueña.

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes. Desearía una habitación.

—Hay varias libres. ¿Quiere acompañarme? Se las mostraré.

Uno detrás del otro, subieron los escalones que conducían al primer piso.

La habitación estaba limpia y tenía un agradable aspecto, con vistas al terraplén que daba a la carretera nacional.

—Tenemos otra exactamente igual en el segundo piso. Puede escoger si lo desea.

Sin saber por qué, el joven decidió:

—Prefiero el segundo piso.

Cuando se hallaron en ella, la mujer sacó una ficha del bolsillo, para la inscripción.

Brad la rellenó al momento.

—Espero una llamada telefónica.

—Le avisaremos en cuanto le llamen, no se preocupe.

—Gracias.

Una vez a solas, el americano se metió bajo la ducha. A continuación se tumbó en la cama y encendió un cigarrillo.

Ahora su única misión era esperar.

El silencio le pareció tan resonante como la campiña. Saint Niklaas, algo más lejos a la derecha, era una población discreta y

aséptica, aunque gris. Las nubes parecían planear sobre las techumbres. A veces pasaba un coche, y con más frecuencia camiones que iban o volvían de Amberes.

Fumó varios cigarrillos.

Eran ya casi las cinco de la tarde cuando oyó dos golpecitos dados en la puerta. La camarera dijo:

—¡Teléfono!

Brad dio un salto y salió. La camarera le precedió por un pasillo entre la cocina y la sala situada detrás del café. Se aseguró de que nadie le escucharía antes de coger el auricular del teléfono.

—Diga...

—¿Sturgeon?

—Sí.

—¿Brad Sturgeon?

—Sí, sí. Hable de una vez.

—Supongo que Border le explicaría...

—No...

La seca respuesta hizo titubear al desconocido.

—Oiga, tengo que verle inmediatamente.

—Okay. Le espero.

Una clara vacilación al otro lado del hilo.

La voz, con un ligero acento, parecía ahogada por un pañuelo. Pero indudablemente pertenecía a un hombre de sesenta años.

—Sturgeon... si usted comprendiese la importancia de lo que yo sé... Sus amigos...

—Han muerto. Eso me obliga a ser más prudente. Me iré de Saint Niklaas mañana por la mañana a las diez. Usted verá lo que hace.

Colgó el auricular.

Luego se marchó al mostrador, pidiendo una cerveza, que bebió mecánicamente, a grandes sorbos.

Acto seguido subió a su habitación. Pero sólo para coger el impermeable y volver a salir.

¡Quizá la llamada de su interlocutor había puesto en marcha algún dispositivo!

No le gustaban las sorpresas.

Desconfiaba de todo y de todos.

A poca distancia del hotel, a la entrada de Saint Niklaas, vio un

garaje.

Alquiló un automóvil. Un Morris.

Diez minutos después enfilaba la carretera hacia Beveren. Por el retrovisor, Brad observaba los vehículos que venían detrás. Todo parecía normal.

Era casi seguro que nadie le seguía.

A los pocos minutos llegó a Beveren.

El pueblecito estaba todavía más silencioso y tranquilo que Saint Niklaas. Las personas pasaban como fantasmas por la enorme plaza rodeada de tristes y confortables casas de ladrillos.

Frenó delante del único café del lugar y se apeó.

Para pasar diez minutos en aquel pueblo, sin ocupación definida, hacía falta tener mucha imaginación.

Se dirigió a la plaza, buscó una tienda donde comprar un periódico, cosa que no halló, y compró cigarrillos en la tienda de comestibles. Durante diez minutos recorrió literalmente todas las calles desiertas.

Regresó al café, bebió una cerveza y esperó hasta que empezó a anochecer.

Pagó y volvió al coche.

El vehículo tomó de nuevo la dirección de Saint Niklaas, con los faros encendidos y a toda velocidad, como a la ida.

Se detuvo delante del hotel y lo aparcó convenientemente.

Dentro de la sala, el tono de las conversaciones había subido algo, y a media altura se veía una humareda grisácea, espesa y sofocante.

El hombre del FBI subió a su habitación y ordenó que le subieran la cena.

II

A la mañana siguiente le despertaron unos golpes ^ dados a la puerta.

Echó un vistazo al reloj de pulsera y vio que eran ya casi las nueve.

En el pasillo, la camarera insistió y gritó en voz alta:

—¡Teléfono! ¡Teléfono!

Brad saltó de la cama y se puso el batín, dirigiéndose hacia el lugar donde se encontraba el teléfono. Se llevó el auricular a la oreja.

Al instante reconoció la voz siempre disimulada e hombre, que hablaba angustiado. ¿Sturgeon?

—Sí.

—He reflexionado.

—¿Y bien?

—Dentro de una hora estaré en el hotel.

—Okay.

El «G man» colgó e inmediatamente marcó el número del Excélsior.

Le pusieron en comunicación con la habitación. Tuvo que esperar unos instantes antes de que Trevor se pusiera al aparato.

—¿Sí?

—Soy Sturgeon.

—¿Qué pasa?

—Paga la cuenta y vente enseguida para acá.

—¿Me da tiempo a...?

—No te da tiempo a nada. Quiero que estés en mi hotel antes de media hora.

—Está bien.

Brad colgó y pidió que le subieran el desayuno. Luego se lavó y se peinó con pulcritud, y echó una ojeada por la ventana.

El lugar le pareció de una discreta hermosura y el pálido sol que iluminaba la campiña mostraba un resplandor claro al incidir sobre las fachadas de ladrillos rojos. La plaza, a la derecha, estaba en calma, limpia y silenciosa.

Al acabar de vestirse le llevaron el desayuno.

Al mismo tiempo que comía, comprobó el buen funcionamiento de su cámara fotográfica.

A las 10 menos diez llegó Trevor, que aparcó el coche cerca del hotel.

Poco después llamaba a la puerta.

Brad abrió y le vio en el umbral, con el rostro malhumorado y mal afeitado.

—¿Quieres café?

—Sí. No he tenido tiempo de desayunar.

Brad le sirvió una taza y Trevor se lo bebió, sin dejar de observar a su compañero.

—¿Algo nuevo?

—Sí. Espero la visita de ese fulano. Le sacaré una foto y te la llevarás contigo. Se la enseñarás a Border y luego consultaréis en Washington. Hay que intentar averiguar en los ficheros quién es ese sujeto y decírmelo lo antes posible, ¿entendido?

—Sí. Pero habrá que revelar la foto.

—Es una Polaroid. La foto estará lista al instante. Marchándote enseguida, puedes estar en París poco antes de la una. A las tres me llamarás aquí. Si yo no estoy, ya te llamaré luego. Vete abajo y advierte que hagan esperar a mi visitante.

Trevor salió.

El tipo no tardaría en llegar.

Apenas hubo salido Trevor, un coche se detuvo en la plaza.

Con el objetivo a punto, el

«G-man»

esperó, algo disimulado, tras el marco de la ventana.

El individuo que se apeó del coche y avanzaba hacia el hotel debía de contar unos sesenta años. Era bajo e iba vestido con un abrigo negro de cuello de terciopelo, y con un sombrero negro de bordes redondeados. Andaba con la cabeza baja y no la alzó más

que a pocos metros de la escalinata, como para asegurarse del nombre del local.

¡Clic!

Brad sacó la foto y cerró la cámara.

Trevor regresó en el mismo instante en que el individuo penetraba en la sala del café.

Brad encendió un cigarrillo. A la décima bocanada abrió la cámara.

La foto, tomada desde arriba, era muy clara. Una vez ampliada sería formidable.

Se la entregó a Trevor.

—Llévatela. Espero tu llamada.

Le empujó hacia la puerta.

Luego esperó a que llegara a la plaza y a que el coche arrancara. Entonces descendió a la sala.

El sujeto del abrigo oscuro estaba apoyado en la repisa de la chimenea. No tenía muy buen semblante. Cuando vio avanzar al «G man» echó a su alrededor una ojeada rápida e inquieta.

—¿Había alguien con usted?

—Sí. Siéntese.

—Aquí no.

El hombre del FBI le indicó la escalera, haciéndole pasar en primer lugar.

En el segundo piso empujó la puerta, invitó a entrar a su visitante y luego fue a echar un vistazo por la ventana. La plaza seguía desierta y el pueblo en completo sosiego.

Imperturbable, Brad tomó asiento a su vez.

—Le escucho.

—El hombre que estaba con usted...

—Un amigo. No tiene por qué preocuparse.

El individuo parecía inquieto. Brad hizo que se sentase junto a la ventana, que abrió. De repente, el otro empezó a mirarle con intensidad.

—¿Qué le ha contado Border?

—Que usted desea entrar en los Estados Unidos y un medio de vida a cambio de cierta información. Eso es todo lo que sé... ¿Qué más hay?

—Nada más.

—En ese caso, si no tiene nada que decirme...

El visitante titubeó.

—Si lo desea, puedo contestar inmediatamente cualquier pregunta.

Brad le contempló mientras se quitaba el abrigo y lo colocaba cuidadosamente sobre la cama, con gestos precisos, metódicos y ordenados. Pertenecía al tipo de empleado burocrático, pero con algo inquieto y furtivo en la mirada.

—De modo que usted quiere un pasaporte y derecho a asilo en los Estados Unidos, ¿eh? ¿Qué ofrece a cambio?

—El fichero más impresionante que el FBI pueda imaginar.

—Y me quedo corto, créalo.

—¿Por qué no lo vende al mejor postor?

—Porque me es imposible abandonar Bélgica. Sus dos compañeros lo intentaron.

Brad sonrió. La respuesta era oportuna.

—Razón de más para que no me fíe. Si usted es tan peligroso, ¿por qué no lo matan?

—Hay muertos que pueden gritar más que los vivos. Antes de matarme, tendrían que apoderarse de ciertos documentos. Y en tal caso ya no valdría la pena matarme, porque me habría vuelto inofensivo.

—¡Ah!

El americano empezó a pasearse por la pieza, seguro de vérselas con un hombre que sabía lo que quería o lo que representaba. ¡A menos que no se tratase de un loco!

—¿No puede ser más explícito?

—No.

—Es usted muy desconfiado.

—No confío en los servicios secretos, incluido el FBI.

—¡Vaya! Es usted muy duro con mi profesión.

Encendió un cigarrillo, volvió a sentarse, y apoyó macizamente el cuerpo sobre sus antebrazos. Estaba dispuesto a detener el juego allí mismo.

—Como quiera...

El desconocido sacó una pitillera, escogiendo un cigarrillo. Brad le ofreció fuego. El otro exhaló una bocanada de humo.

—¿Y bien?

—Gracias a lo que poseo, el FBI dispondrá de un medio de conocer ciertos secretos muy importantes acerca de relevantes personalidades americanas y extranjeras. Bastará con leer ciertas fotocopias para que salga a la luz la traición, la cobardía, los turbios manejos. Si yo le diera ciertos nombres...

—Adelante.

El hombre torció la boca en una sonrisa.

—¿Tan tonto me cree? Si no hay acuerdo no hay información. La verdadera palanca del espionaje y del contraespionaje en todo el mundo es el chantaje.

—Está usted bien informado.

—Yo trabajé para ustedes. Me llamo Vincent Polteri. Si no le di mi nombre a Border es porque temía hablar por teléfono. Vivo en el número ocho de la Zirkstraat, en Amberes, apartamento veinte.

—¿Mis compañeros tenían su dirección?

—Sólo vi a uno. Border me dijo que habían asesinado al otro.

—Sí.

—Tal vez ahora le llegue el turno a usted. Pero eso no tiene la menor importancia.

Border sonrió.

—Ninguna importancia. A propósito, ¿quiere decirme qué pinto yo aquí?

Polteri cambió de postura.

—Yo solo no puedo explotar lo que poseo. Por eso no corro ningún peligro en Bélgica. Pero si le entrego lo que poseo y me quedo en Bélgica, no viviré ni una semana para gozar de la recompensa.

Se levantó y cogió el abrigo.

—Dígaselo así a Border y venga a verme a mi casa esta noche. Le prevengo que el barrio es peligroso, federal.

Se inclinó y salió sin más explicaciones.

Brad se acercó a la ventana. Vio a Polteri abandonar el hotel y subir a su coche.

¡Extraño personaje!

¿Por qué no mostraba francamente su juego? ¿Por qué ocultaba el valor de lo que poseía? ¿Bluff? ¿Mitomanía?

No. Estaba Border. Border que raramente se equivocaba, y que se había enfrascado en aquel asunto hasta el punto de enviar a tres

agentes federales. Cuatro, con Trevor.

¡Verdaderamente extraño!

Brad bebió un sorbo de café frío.

Poco después salió del hotel, en dirección al viejo Morris alquilado.

Luego se dirigió a la carretera de Amberes, empuñando firmemente el volante.

No intentaba atrapar a Polteri. Continuó hasta Beveren. Estaba a sólo diez kilómetros de la ciudad.

¡Aquel maldito hombrecillo le tenía obsesionado!

Hacia las once y media llegó al túnel que pasa bajo el Escaut y desemboca en Amberes.

Una vez en la ciudad, para llegar al Museo hay que doblar hacia la derecha. Cuando se halló allí, se dirigió a la Veemarkt, donde se alza la catedral. Luego recorrió la parte de los muelles tras haber atravesado varias callejuelas curiosamente emplazadas en torno a antiguos inmuebles silenciosos y negros por el humo y la humedad.

El río se extendía hasta perderse de vista, jalonado por enormes barcos que iban precedidos de minúsculos remolcadores. Al otro lado, en la orilla norte, los yates abandonaban el puerto en procesión y desplegadas las velas.

Los diques se alineaban interminablemente, con gigantescas grúas. Había otras instalaciones en la esclusa.

Y así durante varios kilómetros.

Ahora sólo le quedaba encontrar la Zirkstraat, a fin de reconocer el paraje.

De nuevo, el

«G-man»

se dirigió hacia las callejuelas sosegadas, en calma.

La Zirkstraat era una especie de pasaje groseramente pavimentado y rodeado de edificios negruzcos.

Buscó el número ocho con atención...

El número ocho presentaba la forma de un túnel que daba acceso a un pasadizo de unos veinte metros de longitud.

El lugar era húmedo y sucio.

Para tratarse de un hombre que pretendía poseer importantes secretos, Polteri vivía muy mal.

En efecto, el inmueble, dispuesto en ángulo recto parecía una

trampa de ratas. Una vez en su interior, debía de ser difícil volver a hallar la salida.

Se dirigió al fondo del pasillo. Una sola entrada servía para las dos alas laterales y el edificio del fondo.

Entró.

El silencio era absoluto.

El hombre del FBI emprendió la ascensión de la escalera hasta el segundo piso. A derecha e izquierda, un pasillo servía a las dos alas del inmueble, que representaba la longitud del callejón. Todas las puertas estaban numeradas.

Volvió sobre sus pasos y encontró la puerta número veinte a la mitad del corredor central.

¡Allí vivía el hombrecillo!

Brad aplicó el oído a la puerta, pero no oyó nada.

Volvió a bajar. No halló a nadie en el callejón, pero si alguien se interesaba por él, la alerta ya debía haber sido dada.

Subió al coche con toda clase de precauciones.

Nada anormal.

Arrancó y atravesó al azar por las bulliciosas calles.

A partir de la Blindestraat le fue imposible comprobar si era seguido, por culpa del tráfico en constante aumento. Continuó hasta la Estación Central. Cuando se vio allí, detuvo el Morris en la misma plaza, entre dos autocares que dejaban salir un cargamento completo de turistas, visitantes el vecino Zoo.

El hombre del FBI se dirigió a pie a la plaza Astrid, y desde allí a una iglesia.

Penetró en ella, la atravesó y volvió a salir por na puertecilla lateral que daba a un callejón.

Creyó que así podría descubrir a su perseguidor, si es que había algún perseguidor. Pero quedó defraudado al verse completamente solo.

Entonces, cansado ya de la caminata, retrocedió, yendo en busca del Morris.

En la esquina de la plaza vio una cervecería y entró.

Almorzó lentamente, y se tomó tres cafés. Oyó sonar las tres de la tarde.

Por fin salió del establecimiento y descendió a las cabinas telefónicas del subsuelo, donde pidió comunicación con París.

Tuvo que esperar unos minutos antes de poder hablar con Trevor.

Por fin lo consiguió.

El otro

G-man

había llegado al Consulado media hora antes solamente, pero no parecía haber perdido el tiempo.

—¿Quieres hablar con Border?

—No, si tú mismo puedes explicarme lo que me interesa. El fulano es conocido de sobra en Washington. Tengo un pasaporte a punto.

—¿A qué nombre?

—Vincent Polteri. Parece ser un buen asunto. Border afirma que es estupendo. Todo está previsto para esta noche.

—¿En coche?

—No. Un pajarito del grupo de enlace.

Brad se sobresaltó.

—¿Bromeas, Trevor? ¿Un avión?

—Completamente en serio. ¿Dónde estás?

—En Amberes.

—Perfecto. Estaremos en el aeropuerto dentro de yes horas.

—Okay...

Se cortó la comunicación y Brad colgó también, Quedando unos instantes pensativo. Border había afirmado que el descubrimiento de Polteri era estupendo. O algo parecido.

En cualquier caso, enviaba un avión y esto era extraordinario.

III

EL hombre del FBI llegó al aeropuerto con un cuarto de hora de retraso. Entró al recinto y se dirigió a la sala de espera. La recorrió en toda su longitud antes de descubrir a Trevor y otro individuo, instalados en el bar.

Trevor efectuó las presentaciones.

El individuo pertenecía al Grupo Especial de Enlace, lo que significa que se hallaba especialmente entrenado para misiones peligrosas.

El aparato se encontraba al extremo de una pista, cerca de los hangares del fondo. Entraría en contacto con la torre de control cuando Brad y Trevor volviesen con su «mercancía».

Los tres hombres apuraron sus respectivas bebidas.

Brad se llevó a Trevor hacia la salida, ansioso de conseguir noticias.

—¿El pasaporte?

—Aquí está.

Trevor le entregó un sobre. El documento estaba extendido a nombre de Vincent Polteri. La foto, sacada del cliché de aquella mañana, representado una cabeza ampliada y retocada del visitante del hotel. En cuanto al pasaporte, era perfectamente auténtico y oficial.

—¿Cómo es que Border conoce su nombre?

—Tu foto corresponde a un tal Polteri que, efectivamente, ha trabajado para el FBI, hace dos años y medio. Según Border, podría ser él.

—Pero ¿no está aún seguro?

—No, porque en el fichero no está su foto. Y hay algo peor aún. Polteri estuvo condenado a cinco años de cárcel, hace dos años.

Ahora está libre. Y esto es lo que le sorprende a Border. Parece ser que el fulano nos proporcionaba informes confidenciales formidables.

—¿No hubo fotos cuando el proceso?

—No. Se celebró a puerta cerrada, en Berna ninguna foto en la prensa de aquellos días. Polteri es suizo.

Brad pensó que podía tratarse de un colaborador verdaderamente excepcional.

—¿Quién lo contrató?

—Vega.

—Comprendo. Sólo Vega le conocía. Y está muerto. ¡Mala suerte! ¿Algo más?

—No. Border piensa que el avión facilitará el asunto, aunque según él tratarán de impedir que abandone el país.

Los dos hombres salieron del aeropuerto. Alquilaron un taxi que arrancó hacia Dizmude Lean y, a continuación, hacia la Estación Central.

Al llegar allí, les faltaba todavía una hora para la cita. Entraron en un café y tomaron una caña. De vez en cuando, Brad consultaba el reloj de la estación. No parecía avanzar.

—Me pregunto qué tontería puede cometer un suizo para que le carguen cinco años de chirona por espionaje.

—Ajá.

Brad pidió un sándwich y otra cerveza. Mientras comía sacó un papel y su bolígrafo del bolsillo.

—Hay que poner las cosas en claro. El viejo vive en un callejón sin salida. Una vez en el fondo del mismo, debe resultar imposible salir si te acorralan. Al menos, en principio.

Dibujó el callejón y el túnel de entrada.

—Esto es así. He alquilado un coche. Lo llevarás y lo pararás delante de la salida, de forma que quede bloqueada. Pretextarás una avería, por ejemplo. Yo subiré a casa del viejo. Si no he vuelto a bajar al cabo de media hora, te pones en contacto con el piloto y esperas en el aeropuerto ¿entendido?

—Sí.

Eran las siete y media de la tarde. Brad pagó la cuenta y los dos hombres se dirigieron al coche.

Trevor se sentó al volante y el Morris arrancó en dirección a

Jacobs Markt. Era casi la hora convenida cuando entraron en la Zirkstraat. Trevor aflojó la marcha.

Una vez el coche en posición, casi no quedaba paso para entrar en el túnel.

Brad penetró en la sombra del pasaje extremadamente oscuro y silencioso. El lugar olía a miseria y humedad. Continuó su avance hacia el fondo del callejón, empujó la puerta de la planta baja y subió la escalera.

Llegó al segundo piso y avanzó hacia la puerta número 20.

Llamó y esperó.

Instantes después, oyó unos pasos detrás de la puerta y apareció Polteri, contraído el semblante.

—Entre.

Luego cerró con cuidado.

La estancia estaba en sombras. Polteri corrió la cortina. Luego encendió una bombilla.

La pieza apareció en toda su suciedad. Las paredes no habían sido pintadas jamás y se hallaban recubiertas de gris. Un simple somier, colocado sobre el suelo, constituía el único mobiliario, junto con una mesa y dos sillas. Una cortina protegía una esquina de la estancia, que por lo visto servía de cocina.

Inmóvil cerca de la puerta, Paltieri escudriñaba a su visitante.

—¿Y bien?

El hombre del FBI sacó el pasaporte del bolsillo y se lo entregó al suizo, el cual lo cogió y fue a examinarlo bajo la cruda luz de la bombilla que pendía al extremo de un hilo.

—Correcto.

—Okay. En el aeropuerto nos espera un avión. ¡Vamos!

Polteri se aproximó a una bolsa de cuero y la cogió.

Descendieron la escalera, llegaron a la planta baja y atravesaron el túnel sin dificultad. Polteri retrocedió al divisar el Morris, que seguía bloqueando el paso.

Brad le tranquilizó.

—No tema, es un amigo.

Le hizo subir al lado de Trevor. Él se instaló detrás.

—¿Alguna novedad?

—Un coche negro intentó pasar. Luego hizo marcha atrás. ¿Al aeropuerto?

—Sí. Y deprisa.

Trevor puso en marcha el motor.

Hasta haber pasado la Woolstraat no pudo el Morris rodar normalmente.

En el asiento de atrás, vuelta la cabeza, Brad vigilaba a su espalda. Inmóvil en su asiento, Polteri permanecía silencioso con la bolsa de cuero cogida. Trevor conducía ya velozmente, al límite de la prudencia.

En la Roosevelt Plaatg giró hacia el sur por una amplia avenida y bordeó el parque municipal.

La mayor parte del trayecto estaba hecho, pero ahora quedaba aún una zona desierta antes de volver a hallar la aglomeración que había cerca del aeropuerto.

De repente, Trevor se sobresaltó.

—¡El coche de antes!

En efecto, un pequeño vehículo negro acababa de surgir de las sombras, detrás de ellos, rozando al Morris antes de frenar brutalmente veinte metros más allá.

Sin la destreza de Trevor, la colisión hubiera resultado inevitable. Giró rápidamente hacia la izquierda, y prosiguió a toda velocidad.

El coche negro, distanciado un instante, reanudó su carrera. No tardó más que unos segundos en volver a estar casi detrás del Morris.

Brad sacó su 38 de la funda axilar.

Por primera vez, Polteri pareció salir de su estupor.

—Buscan provocar un accidente. Es mejor eludirlos.

En el coche negro había también tres hombres, si bien era imposible distinguir sus rostros.

Trevor apretó aún más el acelerador, pero el motor no daba más de sí. Los perseguidores se cejaban distanciar para volver a acercarse luego. ¿Por qué no atacaban de frente?

Trevor masculló:

—Tienen un coche endiabladamente veloz Solo puedo hacer una cosa...

—Pues, ¡hazla!

Faltaban por recorrer unos cien metros antes de llegar a la bifurcación. A la derecha aparecía el camino del aeropuerto; a la

izquierda, la carretera que recibe el nombre de Voos Straat, sólo iluminada en sus primeros tramos.

El «accidente» debía estar previsto para la carretera de la derecha.

Trevor apretó a fondo.

Al llegar al cruce, los dos coches rodaban casi paralelamente a la misma altura, por lo que el accidente parecía inevitable.

—Voy a intentarlo. ¡Sujetaos!

Frenó con tal violencia que el coche negro continuó lanzado al menos unos cien metros después de haberles rozado. Oyeron el desesperado frenazo.

—Bien hecho, Trevor.

Trevor enfiló la Voos Straat a más de ciento treinta por hora. Continuó así durante un kilómetro.

No se veía ya el coche negro.

El recinto del aeropuerto se hallaba a la derecha, a unos cincuenta metros, separado de la carretera por una serie de pabellones que parecían habitados.

El Morris rodó en punto muerto, franqueó la zona de los pabellones y llegó a un sector en construcción alumbrado solamente por los proyectores de las pistas contiguas.

Trevor explicó:

—Este mediodía he examinado esta zona. Franqueada la alambrada se llega a los hangares.

—¿Y el avión?

—Sé dónde está.

—Pues, ¡vamos!

Trevor encendió los faros. Una suave pendiente daba acceso al aeropuerto.

Había unas barracas de madera: entre ellas había apilados sacos de cemento con herramientas, material de construcción y montones de tejas.

A los pocos momentos hallaron un sitio donde aparcar el coche. Al abrigo de un barracón no era posible divisar el Morris desde la carretera.

Antes de apearse, los tres hombres esperaron unos minutos.

Brad acabó por distinguir perfectamente el terreno. A cada lado de las pistas se alineaban los hangares. El aeropuerto propiamente

dicho se alzaba a la derecha. ¿Conseguirían subir a bordo del avión?

Polteri, inmóvil en el asiento delantero, parecía estar ausente a cuánto ocurría a su alrededor.

Brad ordenó:

—¡Salgamos!

Se apearon y avanzaron en dirección al cercado. Cien metros más y estarían en el avión. Ante ellos se extendían las pistas brillantemente iluminadas.

En cierto lugar, la alambrada parecía menos resistente. Brad la aplastó hasta el suelo y los tres pudieron pasar sin obstáculos.

Una vez en el campo, el único peligro para ellos consistía en una posible ronda o una patrulla de la policía del aeropuerto. Pero no tardó en desaparecer aquel temor.

Trevor marchaba en primer lugar. Brad se le unió, dejando a Polteri unos metros detrás.

—¿Te orientas?

—Sí, hacia la izquierda. Resulta extraño que éstos nos hayan abandonado tan deprisa. ¿No lo encuentras raro?

—Sí.

Estaban a punto de salir de la zona en sombras, señalada únicamente por dos focos, para entrar en una zona abundantemente iluminada. El tráfico parecía bastante reducido. El

«G-man»

se volvió y vio que Polteri les seguía, siempre silencioso, con la bolsa de cuero en la mano.

A cien metros a la izquierda se levantaban unos enormes hangares con las puertas abiertas.

Trevor explicó:

—Es el de en medio. El nuestro debe de estar delante.

Continuaron avanzando hacia el límite de la zona a oscuras. Todavía dieron unos cien pasos más antes de que el avión apareciera ante sus ojos.

—¡Ahí está! Un momento...

Trevor silbó varias veces, como ateniéndose a un santo y seña preconcebido.

No tardaron en contestarle de la misma forma.

—El camino está libre.

—¿Qué esperamos? Al avión.

Una vez dentro, sentado, Brad exhale ruidosamente el aliento.

—Todavía no me lo creo. Aquí, tranquilamente sin más tropiezos.

El piloto se sentó en su sitio y le hizo una seña por encima del hombro.

—¿Despegamos?

—Por supuesto. A París.

El motor comenzó a runrunear. El piloto entró en contacto con la torre de control del aeropuerto.

—Una vez dado el permiso para despegar y asignada pista, el aparato empezó a moverse.

Minutos después estaban en el aire, sobre los techos diminutos y oscuros de la ciudad.

Todo perfectamente tranquilo.

Demasiado. Y esta idea bullía en la mente de «G-man».

Se volvió hacia Polteri.

—¿Conoce a los hombres del coche negro?

—Sí y no. Uno de ellos me sigue desde que salí a hablar con él. Es un ruso que trabaja a las órdenes de Sonia Kowalski.

—¿Y quién es esa Sonia Kowalski?

—Uno de los mejores agentes de la KGB soviética.

—¿Una... mujer?

Brad encendió un cigarrillo.

—Hace tiempo que no oíamos hablar de ella, ¿verdad, Trevor?

—Ajá.

Pero Brad no había revelado más que una parte de lo que sabía sobre Sonia Kowalski. La espía soviética sólo recibía misiones realmente importantes.

De repente comenzó a llover, con unas gotas pequeñas y penetrantes, según costumbre del país.

—¿Ese hombre vigilaba su salida de la prisión, Polteri?

—Sí.

—Entonces, si el proceso se llevó a cabo con tanta discreción, resulta bastante curioso que los rusos estuviesen enterados. ¿No ha pensado en esto?

—Sí, y también en otra cosa: en lo que me ha dicho mi abogado.

Brad dio una chupada al cigarrillo.

—¿Que le ha dicho su abogado?

—Que mientras estuviera en la cárcel no deberé temer nada. Pero que una vez fuera... Cuando no se puede reducir a un hombre al silencio legalmente puede ocurrirle un accidente.

—Todavía no le ha ocurrido nada, Polteri.

—Digamos que tomé ciertas precauciones.

—¡Ah! ¿Sí?

El

«G-man»

no se atrevía a plantear la cuestión que le quemaba los labios.

—¿Se encontró usted con ese hombre tan pronto salió de la cárcel?

—No me fijé. Sólo me quedé unos días en Berna. Pensé que mi esposa iría a reunirse conmigo.

—¿Iba su esposa a verle a la cárcel?

—No. Cuando la llamé a Lausana, me comunicó que no podía ir. Entonces decidí partir pare Colonia.

—¿Por qué Colonia?

—No lo sé. En Suiza me hallaba expuesto a una orden de expulsión. Tenía que largarme a otro sitio.

Hizo un gesto de cansancio y pidió un cigarrillo que Brad le ofreció y encendió. Polteri exhaló uní bocanada.

—¿Por qué no se marchó a los Estados Unidos?

—Siempre negué haber trabajado para ustedes. Regresar inmediatamente a los Estados Unidos habría sido traicionarme. Fue en Colonia donde vi a ese tipo. Yo vivía en Koelnich Sterntor. Él, también. Pero nunca me dirigió la palabra. Sin embargo, siempre merodeaba cerca de mí. No se ocultaba. Me seguía sin hablarme, como si pretendiera sugestionarme para que fuese hacia él. Cuando uno no está acostumbrado a esta clase de vigilancia, creo que se acaba cometiendo una tontería, ¿verdad?

—Sí.

Trevor intervino:

—Eso se llama intoxicación. Es una táctica conocida en todos los servicios secretos del mundo, los agentes de la KGB deben conocerla muy bien.

Polteri continuó:

—Me quedé muy poco tiempo en Colonia. Entonces me enteré que existía, en Ludenscheid, un chalet de montaña donde siempre había poca gente. Partí hacia allá una mañana. Volví a ver a ese hombre. La presencia de ese individuo era para mí algo angustiioso. En cierto modo me fascinaba, casi me sentía tentado de hablarle.

Brad hizo un gesto evasivo.

—Cada vez que cambiaba de residencia, de ciudad o de país, ¿hablaba con alguien de sus proyectos?

—Sí, con mi mujer. Quería que se reuniera conmigo.

—¿Le escribía?

—Sí.

El hombre del FBI no hizo ningún comentario.

Evidentemente, no existían los milagros en materia de información, sino sólo los informes. Sonia Kowalski, que conocía su profesión, sólo se había tomado el trabajo de colocar a Polteri en el lugar de una mosca en medio de una tela de araña. Con el mismo tono de voz lento y parsimonioso, el suizo continuó:

—Después de Ludenscheid me marché a Luxemburgo. Luego me instalé ya en Amberes, en la casa que usted conoce. Hace diez días. Entonces dejé de ver a ese hombre y pensé que podía ponerme bajo la protección del FBI. No le di mi nombre a Border porque desconfiaba del teléfono. Pero creía que ya no me seguían.

Todo encajaba bien. Sólo quedaba un punto por aclarar: ¿por qué los rusos no habían atacado al coche abiertamente?

¿A causa de Polteri?

Era posible.

IV

ATERRIZARON casi de madrugada.

Todo había ido bien. Trevor parecía dichoso de que se hubiera concluido el asunto. Brad se guardó para sí sus preocupaciones. No había dormido ni un instante desde hacía tiempo. A veces, su mirada se posaba en Polteri que, por su parte, no había cesado de dormir la última parte del viaje.

En Orly, agentes especiales del FBI les esperaban en la pista.

Dos coches de la Embajada de los Estados Unidos.

El hombre que parecía mandar la comitiva se dirigió a Brad y a Trevor, mostrándoles sus credenciales.

—Nos llevamos al suizo con nosotros. Border quiere que os quedéis en casa, Por la mañana llamará a Sturgeon. ¿Qué tal es el viejo?

—No tienes más que mirarle.

Polteri estaba junto al avión, como si casi no comprendiera lo que estaba ocurriendo. Seguía sosteniendo en la mano la bolsa de cuero.

—Tranquilo, como siempre. ¿Vienes, Trevor?

Ambos se instalaron en el segundo vehículo, tras un breve saludo al suizo, que siguió a su guardaespaldas sin decir nada.

Durante el trayecto, Brad dormitó hasta su hotel, con el ánimo tranquilizado.

Luego, una vez en su habitación se acostó sin desnudarse y se durmió pesadamente.

El teléfono le despertó.

Sin duda sonaba desde hacía largo rato, ya que la secretaria de Border parecía nerviosa. No tenía nada que decirle, salvo que era

urgente.

—El jefe le espera dentro de media hora. Ha enviado un coche para recogerle.

Brad colgó.

Se tomó una ducha y se vistió.

Poco después llamaron a la puerta. Fue a abrir. El chófer le anunció que corría prisa, ya que Border parecía ansioso por verle.

Abandonaron el hotel y subieron al coche, que arrancó hacia el centro de la ciudad a toda marcha.

Eran las diez cuando llegaron al edificio del Consulado. El «G man» apenas había dormido dos horas, lo que no impedía que se sintiese animado.

Rápidamente penetró en el despacho del enlace del FBI.

Instalado tras su mesa, Border redujo al mínimo las cortesías. Parecía tenso y nervioso.

—Síéntese.

Oprimió un timbre del interfono y habló con su secretaria.

No tardó en abrirse una puerta de comunicación, en la cual aparecieron un

«G-man»

y Polteri, que se quedó a solas con ellos dos. Oprimía entre sus manos la bolsa de cuero como si fuera lo único que talmente le importaba.

—Tome asiento, Polteri, y convénzanos de que han sido justificados todos los riesgos que hemos corrido por usted.

El hombrecillo se acercó a la mesa y vació el contenido de la bolsa. Cogió un viejo estuche que contenía una maquinilla de afeitar mecánica. Luego deslizó una hoja en el fondo del saco y Brad vio cómo rajaba la costura.

Polteri hundió un dedo en la grieta y, tras ímprobos dificultades, extrajo una hoja de papel que desdobló.

Tres diminutas películas de no más de tres centímetros de lado, cayeron sobre la mesa. Polteri las recogió y las blandió en alto.

—Ustedes no han creído jamás lo que les había dicho, ¿verdad? Acérquense y observen.

El

«G-man»

cogió los negativos y se aproximó a la ventana para examinarlos al

trasluz. Pero los documentos reducidos eran de lectura difícil, casi imposible.

Los devolvió al hombrecillo.

—¿Qué es esto?

—Copias de cuentas bancarias.

Los dos hombres del FBI se miraron.

—¿Cómo dice?

—¿No lo sabían? Sí, señores, cuentas bancarias. No importa cuáles. Pero importantes, eso sí.

—Explíquese.

El suizo se sentó en una butaca, tranquilizado en parte.

—¿No sabían que, en el momento en que fui detenido, yo trabajaba como empleado en una banca suiza? ¿Tienen un cigarrillo?

Brad le tendió su paquete. Polteri extrajo un pitillo y pidió fuego. Los tres clichés seguían sobre la mesa, a su lado.

—Gracias. Yo tenía un empleo. Un puesto de confianza. Lo cual no impidió que mi esposa se viese obligada a buscar una colocación, por lo que la hice entrar en la banca. Un año después, ella se trasladó a una sucursal de Lausana. En resumen, tuvimos que vivir separados.

Border consultó descaradamente su reloj.

—Una tarde, un individuo vino a mi casa. Yo no le conocía, pero él a mí sí. Sabía que yo trabajaba en el fichero de cuentas secretas, de las cuentas con clave, como se conocen normalmente.

Sus dos interlocutores escuchaban atentos.

—Todos los grandes personajes de este mundo que tienen su dinero en Suiza lo depositan de esta manera. Así, nadie lo sabe. Hay un código secreto que únicamente conocen el cliente y el director del banco. Y el empleado que efectúa la tarea. ¡Yo, en este caso!

Una pausa.

—El individuo aquel me enseñó una hoja de papel dividida en dos, de arriba abajo. Me acuerdo que en un lado leí los nombres de varios norteamericanos. Muchos de tales personajes son bien conocidos en su país y en Europa. Había hombres de negocios, políticos, banqueros, industriales... Pero, sobre todo, políticos de los que ocupan las primeras páginas de los periódicos. En la segunda columna, hombres de estado extranjeros.

Nueva pausa. El suizo tragó saliva antes de reanudar su relato...

—No comprendí muy bien el objeto de su visita. Sólo sabía que los Estados Unidos estaban empeñados en una guerra en Vietnam, que el dólar había sufrido dos devaluaciones en poco tiempo y que los intereses económicos a alto nivel obligaban al Gobierno americano incluso a coquetear con Mao Tse Tung. Pero tal vez estas cosas no tenían nada que ver. Lo que deseaba mi visitante era sencillo. Quería que, gracias a mis fichas, le señalase cuáles de aquellos personajes eran clientes de la banca. Me dejó dos días para tomar una decisión, diciéndome que volvería. Me ofreció diez mil francos suizos por el trabajo. Se marchó, llevándose la lista.

—¿Cómo era aquél hombre?

—Muy corpulento, moreno, con ojos azules. Joven. Nunca me enteré de cómo se llamaba.

—Okay. Siga.

—En su segunda visita, le dije que no me interesaba su proposición. Pero necesitaba dinero. Y aquello me dio una idea. Trate de recordar su lista, lo que para mí era fácil. Luego, gracias a mis fichas, busqué si los norteamericanos señalados estaban en relación bancaria con los extranjeros. Quería saber si dichas personas estaban en relación de negocios entre sí. Fotografié todo aquello.

—¿Fotografió las fichas de unos y otros?

—Sí. Y deposité las fotos en una caja de la banca alquilada con nombre supuesto. Todo iba a pedir de boca.

Sus ojos brillaban y parecía ufanarse de su poder.

—Tras las paredes de los bancos suizos ocurren cosas increíbles. Hombres de estado que traicionan a su país reciben dinero del extranjero, especulan sobre los conflictos que traicionan a su país, reciben dinero del extranjero, especulan sobre enormes sumas para que se callen, y otros para que hablen. Los grandes nombres no son más que pantallas. ¡Y el tráfico internacional! ¡Y los fraudes! ¡Todo basura! Que estalle un día todo ello o a plena luz y muchos regímenes actuales se hundirán, mucha gente se suicidará y muchas fortunas se volatilizarán.

—Un bonito panorama...

—Yo tengo pruebas de lo que digo. Las puse a buen recaudo a tiempo.

—No me cabe duda. ¿Por qué le detuvieron, Polteri?

—Saqué un centenar de fotografías. Un empleado me sorprendió con las manos en la masa, fotografiando los archivos. Dio el soplo inmediatamente. Me metieron en la cárcel, sí. Pero una vez en la cárcel enseñé mis triunfos. Un apoderado del banco vino a mi celda. Me traía un paquete. Creí que pretendía envenenarme. En fin, dije que todo estaba en lugar seguro y que, si me ocurría algo, había tomado ya las debidas precauciones. Pero no querían envenenarme. Y pude negociar. El proceso se celebró a puerta cerrada y me preguntaron si tenía inconveniente en pasar solamente dos años en la cárcel. Acepté. En la fecha prevista me pusieron en libertad.

—Y empezó el miedo.

—Sí. En la cárcel estaba tranquilo. Pero una vez fuera... No pensé que quisiera matarme, pero...

—¿Quiénes?

—Los que quieren apoderarse de lo que poseo. Cualquier servicio secreto estaría interesado. Ustedes dicen que son los rusos. No tardé en comprender que intentaban atacarme los nervios. Ese hombre iba siempre detrás de mí. Querían empujarme a cometer el error de ir a verle y negociar con ellos. Entonces comprendí que había presumido demasiado con mis fuerzas y acudí FBI. Yo había trabajado para ustedes en otro tiempo y sabía dónde y a quién dirigirme. Acudí usted, Border. Ustedes me concederían asilo y me protegerían. A cambio, yo les proporcionaría el más extraordinario poder que pueda soñar un jefe del servicio de espionaje o contraespionaje.

Un brusco silencio se esparció por la pieza.

Después de la disertación de Polteri, los de hombres del FBI reflexionaban sobre lo que acababa de oír de sus labios.

¿Verdad? ¿Mentira? ¿Realidad? ¿Son fanfarronadas?

Border interrumpió el prolongado mutismo. Llamó por el interfono y apareció en la puerta de comunicación el mismo «G-man»

que había traído el suizo. Sólo un gesto de la mano bastó para que invitara a acompañarle.

Polteri balbució:

—¿Qué deciden?

—Sturgeon y yo tenemos que hablar... a solas.

Una arruga de preocupación surcó la frente de Polteri, pero sin decir palabra salió delante del

«G-man»

encargado de su custodia.

Border miró fijamente a Brad.

—Si hay un servicio secreto que haga bien las rosas, ése es la KGB soviética. Hasta tal punto son eficientes sus métodos que se me impone una confidencia: ¡usted está vivo! ¿Por qué?

El

«G-man»

arrugó el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Esto: ¿por qué han querido dejarle con vida? ¿Porque era usted el más fuerte? ¿No será que han querido colocarnos un falso personaje, alguien que va a intoxicarnos con documentos falsificados? ¿O es para desacreditar al auténtico Polteri, haciéndonos creer que lo han dejado escapar voluntariamente?

Calló unos instantes.

Brad seguía con el ceño fruncido.

—También yo me he planteado esa cuestión.

—¿Y bien?

—Hum... ¿qué opina usted?

Border sonrió.

—Vamos, vamos, Sturgeon. Los dos sabemos en qué consiste el espionaje: en servirse tanto de la vida de un hombre como de su muerte, en provocar caos, en el descrédito, en enredarlo todo, en actuar tal modo que si el FBI no estuviera seguro de hombres, en estos momentos usted ya sería sospechoso a mis ojos, en darle a la presa una sensación de seguridad para abatirla en el momento preciso... Todo esto, Sturgeon, es el espionaje.

—Sí.

Border se pasó la flaca mano por las mejillas.

—Bien, puesto que sigue con vida, ¿qué parece si aprovechamos para afrontar los hechos conjuntamente?

—El

«G-man»

sonrió.

—Okay. Adelante.

—Uno solo de entre nosotros conocía a Polteri, éste era Vega... ¿De acuerdo? Esto significa que imponía liquidar a Vega en cualquiera de las dos hipótesis.

—¿Qué dos hipótesis?

—Tanto si nuestro hombre es el verdadero como si es el falso Polteri. Por otra parte, eliminar a Cártier autentificaba a Polteri y nos impulsaba continuar la misión. Pero todo esto pertenece ya pasado, Sturgeon.

—Sí.

—¿Qué opina usted de ese hombre?

—Sus respuestas son satisfactorias, lo que no tiene nada de anormal, tanto en un caso como en otro. Según él, todas las fotos tomadas por él se hallan seguras.

—Sí, en una caja del Comptoir European de Depots, una sucursal de donde él trabajaba. Es a vez maquiavélico y paradójico. De esta manera Polteri utiliza a favor suyo el famoso secreto de los bancos suizos. Y además, amenaza con la presentación de tales documentos.

—Pero, una vez en libertad, podría recuperar los documentos.

—No.

Brad miró atentamente a su interlocutor.

—¿Por qué no?

Polteri no puede regresar al banco, ya que tiene prohibida la estancia en Suiza, y por otra parte, el personal le conoce.

—Es decir, Polteri nos necesita.

—Eso parece. No puede recuperar sus fotos por mismo.

—¿Y su esposa?

Border enarcó las cejas.

—Una buena pregunta. ¿Y su esposa?

—Él está empeñado en ponerse en contacto con ella.

—Sí, pero eso no nos demuestra nada. Si la KGB está realmente dentro del «*affaire*», la esposa de Polteri debe de estar también mezclada en él. —¿Insinúa que ella...?

Border sonrió cínicamente.

—¿Y por qué no? Nadie puede saber lo que ciertas mujeres son capaces de hacer... por dinero. El

«G-man»

frunció el ceño.

—¡Diablos!

La situación, endiabladamente, enredada, ofrecía toda una serie de soluciones, hipótesis y contradicciones.

—Eso explica una cosa.

—¿Qué?

—Por qué la KGB no ha actuado llevándoselo, lo que habría sido lo más lógico.

—Ajá.

—Así que...

Border le interrumpió, arrojando un grueso sobre encima de la mesa después de sacarlo de u cajón.

—Así que pronto sabremos por qué sigue usted aún con vida. A menos que, finalmente, tenga un cita con la muerte. Y que ésta haya sido fijada pe la KGB en Lausana en lugar de Amberes.

—¿Qué?

—La esposa de Polteri vive en Lausana.

—¿Y qué?

—En ese sobre hay un pasaje de avión. Su misión todavía no ha acabado. No ha hecho mí que empezar.

V

UNA hora después, en el avión, el hombre del FBI se enteró del contenido del sobre entregado por su enlace en París.

Además de un bosquejo lo más detallado posible respecto a los antecedentes de Polteri y distintas direcciones contenía una llave de estilo muy aplicado y la combinación de la caja. Contenía, además, la foto tomada a Polteri en Saint Niklaas. Finalmente, una muestra de la escritura del auténtico Polteri.

Durante el viaje, el
«G-man»
estudió la nota con atención, antes de ir a quemarla al lavabo.

En una libretita de notas garabateó la combinación de la caja de la banca suiza.

No cabía duda de que el FBI sabía hacer las cosas.

¡Ahora ya estaba listo para la acción!

A comienzos de la tarde, el avión aterrizó en Blécherette, el aeropuerto de Lausana.

La señora Polteri vivía en la rue
d'Ale.

Brad tomó un taxi y se hizo conducir allí.

La calle estaba situada en el centro de Lausan; en la parte antigua de la bonita ciudad suiza.

La misión del
«G-man»

consistía en autenticar a Polteri y, una vez seguro de su identidad y de veracidad de su relato, recuperar para el FBI contenido de la caja fuerte.

Abonó la carrera y se dirigió hacia abajo adentrándose en el viejo distrito.

Entró en un modesto inmueble y halló a una vieja que hacía calceta al fondo de una estancia sombría, situada a la derecha del corredor.

—¿La señora Polteri?

—No vive aquí.

¡Mala suerte desde el principio! Tanteó terreno. Era preciso hallar las huellas de la mujer sino la pista se detendría allí y habría que comenzar de nuevo.

—¿No podría darme su actual dirección?

La vieja le miró, sin dar a entender que fuera responderle.

Brad hizo uso del lenguaje que suele dar resultado en cualquier parte. Metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos billetes, que ni siquiera contó. Debió ser suficiente, a juzgar por el cambio operado en el rostro de la vieja.

—¿Su actual dirección? Claro que sí. Yo le expido el correo. Vive en el número nueve de la rue Cour, en Oucky. ¿Lo conoce?

Cogió el dinero y se lo guardó.

—Daré con la casa.

Para llegar a aquellas señas era preciso atravesar la vía férrea. Ouchy es a la vez el distrito más bonito y el puerto de Lausana.

Brad dio las gracias y se marchó.

Poco después se detuvo en una cervecería de la rue Chauderon, y se dirigió al teléfono, en el sótano. Tuvo la suerte de hallar lo que buscaba en una de las guías.

Marcó el número.

Al instante, descolgaron en las señas dadas por la cartera.

—¿La señora Polteri?

—Al aparato.

—¿Podríamos vernos, señora Polteri?

—¿Le importa decirme para qué?

La mujer parecía bastante joven y su voz notaba cierta vacilación.

Brad insistió:

—Es un asunto muy importante. Preferiría pasar su casa.

A aquella hora ella podía estar almorzando, ya que el

«G-man»

recordó que la mujer trabajaba en el mismo banco que su marido.

Nueva vacilación por parte de ella.

—Será mejor que pase usted dentro de una hora, Vivo en la cuarta planta, en la puerta de enfrente.

—Okay. Allí estaré.

El hombre del FBI colgó.

Regresó a la sala de la cervecería y almorzó con rapidez. Luego, habiendo apurado su café, pidió dos sobres.

En el primero metió la llave de la caja y pego el engomado. Lo llevó a la consigna de la cervecería.

En el segundo sobre metió el boleto de la consigna y escribió su nombre y la dirección de lista de correos.

Con esto estaba ya tranquilo. Sólo le quedaba esperar la hora de la entrevista.

Poco antes de la misma se dirigió hacia la avenue Cour, y metió el sobre que contenía el boleto de la consigna en el primer buzón que halló en el camino.

Continuó su paseo.

Pasado el puente, dobló hacia la avenue Mar Dufour, y llegó a la avenue Cour.

Aquel distrito no tenía nada que ver con el da Ale. En cuanto al inmueble donde vivía la señor Polteri, era lujoso y de reciente construcción, entre el Parque Botánico y la Escuela Politécnica. Edificio en forma de U en torno a un jardín, había una doble puerta que desembocaba en un vestíbulo de mármol.

Entró.

En un cubículo, un individuo disponía el correo los casilleros dispuestos sobre una tabla vertical.

—¿Qué desea?

—Hum... ¿la señora Polteri?

—Espere.

El hombre fue a echar un vistazo al aparcamiento del edificio, regresando poco después.

—Creo que ha salido. No veo su coche. ¡Ah! Ahí viene.

En efecto, un coche deportivo blanco desembocó en la avenida, giró en dirección al aparcamiento y frenó.

Apretando el paso, al americano llegó a la altura el vehículo en el momento en que se apeaba la mujer de Polteri. Quedó tan sorprendido que le fue posible pronunciar palabra.

¡Inaudito!

La señora Polteri parecía, desde el lugar donde él hallaba, haber rebasado apenas los treinta años. Era extremadamente elegante y el golpe que dio al parar el Alfa Romeo casi descubrió sus muslos, impecables, bien torneados. Calzaba zapatos abiertos, un abrigo de pieles y un chal que cubría la cabellera.

¡Muy elegante!

Y también muy en su punto.

Maquinalmente pensó en el hombrecillo de Amberes y comprendió que con una mujer a semejante, cualquier tipo, incluso más joven, podía incurrir en muchas tonterías.

Avanzó.

Ella le vio llegar y la juzgó de un vistazo.

—¿La señora Polteri?

—Sí.

—Teníamos una cita, ¿recuerda?

Ella continuó estudiándole silenciosamente, un poco hostil y reservada.

—Sí.

Contrariamente a lo previsto, empezó a caminar en dirección opuesta al inmueble. A un centenar de metros se dirigió hacia un bar.

Entraron.

El establecimiento era de estilo clásico: madera oscuras, alfombra roja y discreta iluminación. Había unos pequeños reservados de una sola mesa separados entre sí por tabiques de madera cuadriculada.

Brad asió el brazo de la mujer y la obligó sentarse a una mesa. Sintió el estremecimiento de su cuerpo bajo la presión de la mano. Pero el rostro de la señora Polteri continuaba impassible, en tanto seguía examinándole con interés.

—¿Qué quiere?

Antes de contestar, el hombre del FBI esperó que el camarero se acercase para preguntar por servicio. Cuando lo hubo encargado, sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos.

La mujer rehusó y sacó los suyos del bolso. Encendió uno con una mano, que no tembló.

Brad hizo inclinar la pequeña lámpara que iluminaba el reservado, y bajo el círculo luminoso sacó la foto de Polteri tomada

en Saint Niklaas.

—¿Le conoce?

Ella examinó la foto y alzó la cabeza. Las manos habían temblado ligeramente y la voz se había alterado, de súbito. Esta vez no había duda posible. Ella le miró fijamente.

—¿Qué significa esto?

Pero ya había apartado la mirada.

El

«G-man»

insistió:

—¿Le conoce?

—Sí.

Ella reuló en el asiento. Esta vez estaba alerta y, fingía no le faltaban ni talento ni dominio de sí misma.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre no le diría nada, señor Polteri. Encontré a su marido hace varios días. Sabía que venía a Lausana y me dijo que le gustaría tener noticias suyas. Me dio su antigua dirección, y allí me dieron la de aquí.

El camarero sirvió el *whisky*, el hielo y la soda, Brad llenó los vasos. Ella tomó un sorbo.

—Según usted, ¿por qué no ha vuelto a escribir?

—Tal vez porque yo no le contesto.

—Su marido quisiera volver a verla.

—Yo no.

Se quitó el abrigo de pieles y descubrió un escote espléndido que medio ocultaba un *pullover* negro. Esta vez mostró un aire decidido y su voz se mostró áspera y agresiva.

—Si está usted al corriente de lo sucedido, comprenderá el motivo por el cual no quiero verle.

—¿Perdió usted su empleo por culpa de su marido?

—Sí y no. Cuando le detuvieron me dijeron que era preferible que presentara mi dimisión. Sigo cobrando del banco como si trabajase en él. Además, me han ofrecido la posibilidad de instalarme en este inmueble.

—Aparentemente, no está usted mal instalada. ¿Le han dicho en el banco lo que le reprochaban su marido?

—Vagamente. Hicieron alusión a graves indiscreciones. Pero se

mostraron amables conmigo.

La mujer no parecía estúpida sino indiferente. No cesaba de poner en orden su cabellera, bebía con afectación como si temiese que se le corriese carmín de los labios. Es decir, no se comportaba con naturalidad.

—Usted sabe que su marido ha estado en cárcel. ¿Por qué motivo? Grave indiscreción quiere decir nada.

—Es todo lo que sé. También sé que salió hace unas semanas y que el mismo día llamó a antiguo apartamento.

—¿Fue usted a verle a la prisión?

—No.

—¿Cree que él la ama?

—Sí.

—¿Y usted a él?

Ella se contentó con alzar los hombros irónicamente.

Brad la miró con cierta dureza. Decidió que necesitaba un trago y pidió al camarero un par de vasos de «scotch».

Cuando los vasos estuvieron sobre la mesa, él la miró nuevamente. Treinta... treinta y cinco... ¿Se estaba burlando de él? ¿Era sincera? Optó esta segunda hipótesis.

—Él ha hecho todo lo que ha hecho por usted, y ahora usted le abandona, cuando se siente más desdichado.

—¿Qué ha hecho?

—Las... indiscreciones.

—¿Cómo se llama usted?

—Brad Sturgeon.

El hombre del FBI había titubeado antes de dar su nombre.

Ella le inspeccionó con renovado interés, pero pareció sorprendida.

—¿Es todo lo que tenía que decirme?

—Sí.

Pensó que ella vaciaría su vaso rápidamente y se marcharía. Pero en vez de ello, encendió un cigarrillo.

Él volvió a enseñarle la foto.

—¿Está segura de que se trata de su marido? Desde luego. Ha cambiado y ha adelgazado.

—Es él.

—Después de Colonia, él le telefoneó en vez de escribirle,

¿verdad?

—Sí.

—¿Reconoció usted su voz?

—Naturalmente.

La mujer aplastó su cigarrillo en el cenicero y se levantó. El vació su vaso, la ayudó a ponerse abrigo y pagó las consumiciones. Salieron.

VI

LA mujer pareció asombrarse al principio de que él la siguiese, pero no dijo nada.

Se dirigieron hacia el coche deportivo.

Debía de haber cobrado una bonita suma para separarse, para evitar el escándalo y para no volver a su marido. Querían evitar el escándalo, de la misma forma que habían silenciado el proceso.

—No sé nada más. Perdóneme, señor Sturgeon. —¿No quiere que le diga nada a su marido?

—Será mejor que le diga que no me ha visto.

Le tendió la mano y se alejó hacia la entrada del inmueble.

El

«G-man»

fingió alejarse. No le resultaba fácil formarse una opinión. Era una bella mujer aparentemente sin mucho seso, y tal vez asombrada de aquel dinero que percibía sin trabajar.

Cierto que no amaba a Polteri, pero...

La vio penetrar bajo el arco de la entrada pararse frente al casillero de la correspondencia. No debió ver nada a su nombre, porque fue hacia el ascensor y entró.

Entonces, Brad corrió y subió la escalera de cuatro en cuatro.

Cuando llegó al cuarto rellano, la mujer acababa de entrar en su apartamento.

Llamó.

Ella acudió a abrirle. Todavía llevaba puesto el abrigo, pero tenía el chal en la mano. Al reconocerle, intentó cerrar la puerta.

Pero el

«G-man»

con un empujón de sus hombros, la hizo retroceder.

Penetró en el *hall*. Era corto y amplio, decorado con una alfombra azul.

Brad pasó a un *living* lujosamente amueblado con dos balcones que daban al lago.

La mujer corrió tras él y le asió por la manga.

—¿Qué diablos quiere?

Pero su tono no era ya el mismo. La tranquilidad de antes había cedido el paso al miedo.

—¿Vive usted sola?

—¿Qué le importa eso?

—A mí, nada. Pero si vuelve su esposo...

—No puede venir. Tiene prohibida la entrada en Suiza.

Entonces, ella fue al teléfono.

Brad saltó hacia el cable que corría por el *living* dio un tirón. El aparato cayó al suelo con un sonido sordo.

La mujer tuvo una reacción sorprendente. Fue hacía una puerta.

—¡Frantz!

Un segundo después, la puerta se abría, enmarcando a un individuo joven y rechoncho.

Esto era lo que quería saber el americano. La mujer vivía con alguien.

Sin el incidente que se avecinaba, Brad se habría contentado con dicha prueba y se habría marchado allí, para evitar el escándalo. Pero el llamado Frantz pareció decidido a interpretar hasta el final papel de protector.

Continuó avanzando amenazadoramente.

Brad retrocedió, pero sólo para impedir que la mujer terminase de marcar el número que, obstinadamente, quería seguir componiendo en el aparato.

De nuevo, el teléfono cayó al suelo, y una patada con el tacón aplastó la mitad del dial. Pero con ello, el hombre del FBI acababa de abrirse peligrosamente, y una espantosa patada le hizo recular medio metro.

El tipo parecía fuerte. Claro que, sin duda por exceso de confianza en sí mismo, había olvidado que una bofetada raras veces deja a un hombre fuera de combate.

La mujer lanzó un grito agudo.

Brad retrocedió un paso. El otro prosiguió su avance hasta el

momento en que la derecha del
«G-man»

le tuvo a su alcance.

Un potente puñetazo le hizo rociar por el suelo. La mujer pretendió precipitarse sobre el joven tendido en el suelo, pero Brad se lo impidió.

Entonces, ella se hundió en una butaca empezó a sollozar nerviosamente.

El hombre del FBI esperó el final de la crisis.

—¿Quién es?

—Es usted un sucio entrometido.

—Entiendo. Un amiguito.

Ella vio dirigir la vista al teléfono estropeado. Era preciso convencerla, y deprisa, de que debía responder con más claridad que en el bar.

—Escuche; no le pregunto nada grave ni importante. Si me contesta, me marcharé instante.

Ella echó una ojeada al cuerpo tendido en suelo. Brad avanzó hacia el caído.

—No... no le haga daño.

Acababa de hallar el medio de obligarla a habla amenazándola con Frantz.

—De usted depende. Quiero saber todo lo que dijo su marido cuando le telefoneó o escribió al salir de la cárcel. Intente recordarlo.

El

«G-man»

sacó el 38. La vista del arma reanimó la memoria de la mujer.

—Al principio quiso que me trasladase a París. Una vez allí, él me habría dado las indicaciones precisas para encontrarme con cierta persona.

—¿Border?

—Sí, eso es; Border. Mi marido no podía ir él mismo porque, al parecer, le seguían desde su salida de la cárcel. Yo no acepté ir a París, y entonces fue cuando él se marchó a Colonia.

—Desde allí le escribió, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde está la carta?

—La quemé.

—¿Dónde debía reunirse con él, en Colonia?

—En el Excélsior Ernst, en la Domplatz.

—¿Desde cuándo está ese tipo con usted?

—Un año.

Se metió el arma en el bolsillo y se acercó al en. Frantz estaba completamente fuera de combate. Tuvo que llevarle al lavabo para reanimarle.

Al segundo vaso de agua, Frantz empezó a parpadear. Cuando estuvo en condiciones de hablar, le levantó y le sentó en un taburete, cerca la bañera. Pegada a la puerta, la mujer contemplaba atemorizada la escena.

—¿Has oído hablar de una tal Kowalski? ¿Sonia Kowalski?

—No.

Un bofetón le hizo tambalearse. Fue a chocar contra el lavabo. Brad le atrapó antes de que callera.

—¿Conoces a la Kowalski?

—No.

—¿Conoces a la Kowalski?

El otro miró a Brad con odio.

Otra bofetada le obligó a caer de costado, y de nuevo el «G-man» le levantó.

—¿Conoces...?

La mujer asistía al interrogatorio, aterrorizada a punto de estallar en sollozos. No pudo resistir más e intervino.

—¡Déjelo! Por favor...

El hombre del FBI volvió a exhibir su arma, apoyando el cañón en la frente de Frantz, que palideció. Antes de proseguir el interrogatorio, se volvió a la mujer.

—Enséñeme la última carta que recibió de marido.

—Yo no...

—¡Enséñemela!

La violencia casi siempre resulta. La mujer si dirigió al *living*.

No tardó en regresar con una carta que

«G-man»

deslizó en un bolsillo, después de una ojeada. Luego se volvió hacia Frantz.

—¿Leyó la Kowalski esta carta?

Frantz acusó el golpe.

El hombre del FBI comprendió inmediatamente. Lo que debía estar ocurriendo entre aquella pareja. Novio o no, amante o no, Frantz conocía a Kowalski. Ésta necesitaba a Frantz para obtener noticias de Polteri.

Y Frantz informaba a la Kowalski de los pensamientos de aquél, de lo que hacía, de lo que escribía, de sus llamadas telefónicas y de sus proyectos.

—Estúpido gorila.

El tipo se echó a reír groseramente. Parecía comprender de repente que Brad no quería matarlo.

Pero ignoraba la verdadera razón de ello. Era simple: el «G man» estaba persuadido de que, tan pronto él se marchase, Frantz avisaría a la Kowalski de su visita.

Y esto era algo que a él le interesaba.

Sin añadir palabra, Brad se marchó del apartamento.

Luego, en el bar donde había estado poco antes en compañía de la señora Polteri, leyó la carta que el viejo había dirigido a la mujer.

No contenía muchos indicios sobre los proyectos de Polteri, ya que los principales habían sido dados por teléfono. Pero la carta había sido escrita con la letra del empleado de banca, según desprendía de la comparación con la muestra de escritura que Border le había facilitado.

De una cosa no cabía duda: el día que fue escrita aquella carta, Polteri, el auténtico Polteri, se hallaba en Colonia.

Pero ¿y después?

VII

AQUELLA misma tarde, a las seis, el hombre del FBI estaba en Colonia.

El Koelnich Stentor era un hotel elegante, sin duda el mejor de la ciudad. Ocupaba tres pisos de inmueble de la Domplatz, cerca de la estación.

Brad se hospedó en él.

Desde su habitación, situada en el último piso, se admiraba la catedral y la estación que se prolongaba por la Hohenzollern-Brücke, salgando sobre el Rhin.

Se asomó un instante a la ventana.

La ciudad presentaba una actividad inusitada y los coches cruzaban en todas direcciones.

Brad fue al lavabo a asearse. Después, se sintió tranquilo y en plena forma.

Eran las siete cuando descendió al comedor, espacioso y decorado con maderas oscuras.

Consultó el menú, que era muy complicado. Tras meditarlo, llamó al camarero y le habló en inglés.

Éste se encogió de hombros, le indicó que volvería y abandonó el comedor.

—¿Qué desea?

—¿Hablas inglés?

—Sí, señor.

—¡Vaya! Pues es una suerte para mí.

—¿Qué desea comer?

—No lo sé. ¿Por qué no escoges tú mismo mi menú?

—Como quiera...

El muchacho se esforzó en elegir lo que creía mejor.

Cuando volvió el camarero, habló con él en alemán e hizo intención de marcharse. Brad le asió por una manga.

—¿A qué hora terminas de trabajar?

—Dentro de media hora.

—¿Te importaría subir a mi habitación? Quisiera hacerte unas preguntas. A cambio de contestarlas, podrías ganarte una propina.

—Okay. Nunca viene mal.

Poco después, Brad atacó los entremeses y, continuación, medio pollo asado.

Encendió un cigarrillo y se dirigió al bar para cambiar algún dinero en moneda del país, mientras bebía una cerveza y observaba la clientela del salón.

En un rincón, la gente charlaba entre sí o leía el periódico. Todo estaba tranquilo y era de buen tono.

A la derecha, tras el mostrador de la recepción, el muchacho ayudaba al recepcionista. En un momento dado, consultó su reloj de pulsera e indicó al «G man» que había terminado su trabajo.

Entonces, Brad descendió de su taburete. Se alejó, retrocedió y se dirigió al barman.

—Suba una botella de *whisky* y dos vasos a la 441.

Tomó el ascensor y se dirigió a su habitación.

Se sentó en un sillón y echó un vistazo a una revista.

Diez minutos después, casi a las nueve, llamaron a la puerta. Con la mano en un bolsillo, aferrando a culata de su 38, fue a abrir. Era el botones, cortés y desconfiado.

—Entra, ¿cómo te llamas?

—Hans.

—¿Te molesta que te haya hecho subir?

—No. Ya estoy acostumbrado. Con los americanos siempre ocurre lo mismo. Quiere que le lleve por ahí a divertirse, ¿no?

—Quizá...

El chico se encogió de hombros. Ya sabía lo que le esperaba. Los americanos se empeñaban en dar una vuelta por los clubs, se encaprichaban de alguna jovencita y le enviaban a él al hotel. Casi siempre, esto significaba algún dinero en su bolsillo.

Llamaron de nuevo a la puerta.

Un camarero trajo *whisky* y dos vasos. Sonrió al ver al botones y éste le hizo un guiño.

Brad le hizo un gesto con la mano.

—Ponte cómodo, Hans.

Llenó los vasos, le entregó uno al muchacho y se sentó delante de él, en el sillón. Luego sacó un billete de cincuenta marcos que el botones se embolsó sin vacilar.

—Soy periodista.

—¿Qué quiere saber?

—Intenta recordar. A tu salud.

Bebieron. Notaba la mirada intrigada del botones.

—Polteri. ¿Te dice algo ese nombre?

—No. ¿Es un cliente?

—Ajá.

—Tendré que ir a la recepción a mirar en el fichero.

—Un momento. ¿Y Kowalski? ¿Sonia Kowalski?

—Ah, sí. Una mujer estupenda... Ya me entiende. Rubia y elegante como se ven pocas.

—Entiendo.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Es el otro quien ha hecho algo. Intente recordar. Se llamaba Polteri. Es un hombrecillo flaco, con un abrigo de cuello de terciopelo. Unos sesenta años...

—Creo... creo que sí.

Brad sirvió más *whisky*.

—¿Qué hacía el hombrecillo durante el día?

—Nada. A veces salía. La mayor parte del tiempo, escribía en su habitación. También telefoneó dos o tres veces a Suiza.

—¿Y la rubia?

—Nada especial. ¿Se conocían?

—Sí.

—¿Por qué me hace esas preguntas?

Precisamente porque se conocían y fingían no conocerse.

El botones reflexionó un instante.

—Es raro, pero es muy posible. Se alojaban en habitaciones contiguas, pero jamás les vi conversar entre sí.

—¿Qué más?

Hans se echó a reír, animado sin duda por el *whisky*.

—Usted es un periodista algo extraño. En nuestra profesión, olemos a los clientes desde lejos. Un periodista no se presenta como

usted. Es como las dos personas de que me habla. No parecían conocerse, seguro, pero sé que ella espiaba al hombre. El viejo tenía el aspecto de un cajero que ha pasado la frontera con dinero robado. Ella era un poli, ¿verdad?

—Quizá...

—Igual que usted.

—Tal vez. Dime, ¿qué ocurrió con ellos?

—El hombrecillo alquiló una habitación en un chalet de montaña, en Ludenscheid. Está a doce kilómetros de aquí. No he vuelto a verle.

—¿Cómo sabes que se marchó hacia allí?

—Porque es de la misma dirección que el hotel. En invierno funcionan los deportes de nieve, y en verano los pensionistas. Pero en esta época, cuando los clientes buscan descansar, se les manda allí.

—No habrá mucha gente, ¿verdad?

—Oh, no. Un guarda y un matrimonio que se encarga de todas las faenas. Pero a los clientes les gusta. Se encuentran como en su casa y están en plena montaña.

—¿Cómo fue hasta allí el hombrecillo?

—En el coche del hotel.

—¿Y la rubia?

—¿La rubia? No sé si fue allí. Lo que sí sé es que se marchó el mismo día que el hombrecillo. Ya no he vuelto a ver a ninguno de los dos. Ni siquiera sé si todavía siguen allí. O si queda uno.

—¿Cómo se llama ese chalet?

—Sólo hay uno. No es difícil dar con él. Está completamente aislado en lo alto de la montaña. ¿Desea ir?

Brad sirvió otro vaso, que el muchacho rechazó cortésmente.

—No. Sólo quiero un coche para dar esta noche una vuelta por la ciudad. ¿Puedes procurármelo?

—Claro.

Al ver que Hans iba a abandonar la habitación, Brad le puso otro billete en la mano.

—Gracias.

—Ni una palabra a nadie, ¿entendido?

—Sí.

Unos instantes más tarde llamaba por teléfono.

—El coche estará listo dentro de diez minutos, señor.

—Okay.

El

«G-man»

se vistió y bajó.

Una vez en la planta baja esperó unos momentos consultando un folleto editado por el hotel sobre el chalet que le interesaba. La ruta a seguir era sumamente sencilla y la dirección del Koelnich Stentor indicaba el itinerario con gran lujo de detalles.

Poco después llegó el coche alquilado. El chófer le cedió el volante.

Brad arrancó.

Tuvo que atravesar toda la ciudad después de haber cruzado el puente Hohenzollern. Las calles estaban extremadamente animadas y los cafés parecían ascuas de luz.

Rodó hasta Wipperfurth por una carretera bien trazada y casi sin tráfico.

Después de Wipperfurth se convertía en menos agradable, aunque seguía sin circulación.

Sin dejar de conducir, el hombre del FBI sacó su 38 y lo colocó en el asiento de al lado.

Luego dobló por el lado derecho de la bifurcación, abandonando así la carretera nacional hacia un camino bordeado de árboles. De vez en cuando echaba una ojeada a su espalda.

Nadie.

Casi creía que Frantz no se había atrevido a hablar de su visitante.

A los pocos kilómetros, el

«G-man»

se sintió más seguro. Si un coche le seguía, se vería obligado a encender los faros, ya que la carretera no tenía anchura suficiente para dos vehículos.

Tuvo que cambiar la velocidad ya que el terreno se volvía duro.

A su derecha entrevió un macizo cuya ladera se hallaba bastante atenuada. Acababa de emprender la ascensión.

Aflojó la marcha.

Sus reflejos funcionaban normalmente, pero las curvas eran cada vez más numerosas y bruscas. Muy abajo, el valle se extendía a su

izquierda unos cuatrocientos metros. La carretera era cada vez más estrecha.

No cabía duda de que Polteri había pasado por allí. Había vivido en el chalet. Por esto, para averiguarlo, estaba él allí.

Pero ¿qué había pasado después?

Tenía que averiguarlo en el chalet.

Tuvo que rodar seis kilómetros más antes de que terminara la ascensión.

Entonces comprendió que acababa de llegar a la cumbre.

La noche le pareció de una increíble densidad. Aparcó el coche y se apeó, aferrando la culata del 38. Debía estar en guardia.

Un aparcamiento jalonado de rayas blancas, pintadas paralelamente y en diagonal.

El hotelito era cuadrado, bajo, con una fachada columnas, de unos treinta metros. Una baranda cubría delante de tres cuartos de fachada. Unas mieras sin porticones le devolvieron el reflejo de los faros.

Poco a poco, el hombre del FBI se fue acostumbrando a la oscuridad.

El lugar se hallaba desierto, silencioso y helado. Brad se detuvo a la altura de dos grandes brazos pee parecían surgir del valle. Se trataba de una instalación de telesquíes para la temporada de invierno.

¡Todo en completo silencio!

Si habían oído llegar al coche nadie lo daba a entender.

Avanzó hacia el chalet, llegó a la entrada y tocó la madera de la puerta.

Esperó un buen rato.

Por fin apareció una luz temblorosa detrás de una vidriera. Poco después, alguien abrió la puerta.

Un individuo de bastante mal humor, que llevaba en la mano una lámpara de petróleo, franqueó la entrada.

—¿Qué diablos desea?

—Una habitación.

—¿Es que no ve que el hotel está cerrado?

—Por aquí no hay otro lugar donde hospedarse, se me ha estropeado el coche y hace un frío de mil diablos.

—Lo siento, pero...

El

«G-man»

se adelantó al gesto del hombre. Empujó la puerta y metió un pie entre el marco la madera.

—Voy a entrar de todos modos, amigo.

El otro pareció dispuesto a replicar. Luego vaciló y finalmente retrocedió, dejándole entrar. Su mal humor pareció aumentar.

Cerró la puerta a su espalda.

—No hay ninguna habitación preparada.

—No importa. No soy demasiado exigente. ¿Qué pasa con la luz?

—De noche cerramos el grupo electrógeno.

—Vaya...

A la luz del quinqué, el hombre del FBI distinguió el comedor del hotel. Hacía ángulo medía unos veinte metros por otros tantos ancho. Las sillas estaban apiladas encima de mesas.

El guarda se dirigió al otro extremo de la sala.

Al fondo, en el centro, había dos vitrinas al lado del mostrador. Contenían todo lo que el excursionista espera hallar en un establecimiento como aquéllos: tarjetas postales, suvenires, banderines, chocolatinas...

El guarda dio la vuelta al bar y cogió una llave un tablero colgado en la pared, donde había cincuenta llaves.

Brad pidió.

—Deme una cerveza.

El hombre vaciló un instante, pero luego se puso a buscar la cerveza en los anaqueles.

—¿No hay más clientes?

—No.

Le costó trabajo encontrar la botella y lo mismo pasó cuando buscó algo con qué abrirla. Sin duda alguna, aquel tipo no tenía nada que ver con el establecimiento. Brad se dijo que debía estar prevenido.

Se tomó la cerveza.

El individuo dio la vuelta al mostrador y pasó cerca del «G man» con la llave de la habitación en mano.

—¿Quiere acompañarme?

Okay.

Un sexto sentido le dijo al
«G-man»

que aquello era una trampa. Y fue en ese mismo momento, cuando ocurrió todo.

—¡Quieto! No se mueva...

El hombre del FBI se inmovilizó, pegándose al mostrador. Sólo el quinqué iluminaba la estancia. El otro tipo había retrocedido, ocultándose detrás de una vitrina.

Entonces, en vez de disparar, Brad se apoyó en la barra y se dejó caer hacia atrás.

Todavía estaba en el suelo cuando se oyeron dos detonaciones. Dos balas pasaron por encima de él, buscando su cuerpo.

Brad se deslizó ligeramente de costado y se puso rodillas. Su agresor no podía verle con claridad.

Sin embargo, él sí le vería llegar.

O bien se pasarían la noche jugando al gato y ratón.

Pasaron lentos los segundos, en una quietud y silencio que ponía a prueba los nervios de los dos hombres. Luego, un minuto... dos... tres... sin que nada ni nadie pareciera querer romper aquel silencio de ultratumba.

Pero era cuestión de paciencia.

Y Brad tenía los nervios templados al máximo en misiones similares a aquélla, en situación análogas.

Sólo un segundo más tarde, el hombre surgió la oscuridad como un loco.

Naturalmente, no vio la pierna que el
«G-me»
levantaba hacia él.

Chocó con el obstáculo y cayó derribado suelo, aterrizando estrepitosamente y resbalando yendo a chocar contra la puerta igual que hubiese sido empujado un saco lleno de patatas, su cabeza pegó violentamente contra la madera y no pudo menos que lanzar un grito de dolor.

Intentó levantarse.

Sólo que demasiado tarde. El

«G-man»

le iba encima, sobre la espalda, poniéndole una mano la boca.

El tipo intentó morderle, debatiéndose con rabia, pero Brad

quitó la mano a tiempo.

Esto hizo que el individuo se creciera, y alzando los brazos a ambos lados del cuerpo se desembarazó de su carga, haciendo vacilar al

«G-man»

sobre sus pies.

Un alarido de triunfo inundó la sala.

Se volvió sobre sus talones rugiendo como una fiera dispuesta a despedazar a su víctima.

El hombre del FBI le esperó firme sobre sus piernas.

Y el encontronazo no se hizo esperar.

Dos cuerpos chocando, buscando un abrazo que sería mortal si uno de ellos cedía lo más mínimo a fuerza del otro. Brad rodeó con sus brazos la cintura del hombre, mientras que éste hundía sus dedos como garfios en el cuello de su adversario.

La fuerza de uno contra la del otro.

Brad apretaba con renovada furia, ajeno a aquellos dedos de acero que le obligaban a tensar los músculos de su cuello. Apretaba más y más su salvaje abrazo en torno a la cintura de su contrincante. Más y más, notando las venas de sus brazos como cuerdas tensas y duras.

Poco a poco, el otro empezó a dar muestras de cansancio. Sus dedos ya no se clavaban en la carne. Brad redobló su abrazo brutal. Cuando vio que sus brazos caían a ambos lados del cuerpo, le soltó.

Pero sólo un segundo.

El tiempo preciso para conectarle un golpe seco, directamente medido, en la boca del estómago. Le inclinó medio cuerpo hacia adelante. Y un segundo golpe igualmente eficaz, contundente, con el borde de la mano en la base del cráneo, dio con él en el suelo.

El individuo quedó inconsciente, tirado cuan largo era.

Brad no perdió tiempo. Se fue derecho al lugar donde estaba el quinqué y graduó la llama aumentando la luz.

El pasillo separaba dos salones. Al fondo había una empinada escalera.

Abrió una puerta que conducía a la cocina del chalet, cuyas ventanas se abrían a la parte trasera de la construcción, es decir, frente a la pendiente de la cuesta superior de la montaña.

Examinó las habitaciones de atrás.

Abrió otra puerta y entró en una estancia llena de armarios.

Aún le quedaba una puerta por franquear. Brad la abrió y se encontró en una despensa donde habían alineadas botellas y latas en varias estanterías, como alimentos envasados, sacos y víveres de toda clase.

Paseó el quinqué por encima de su cabeza.

Un hombre se hallaba tendido en el suelo.

VIII

DEBÍA tratarse del guarda. Aparentaba unos sesenta años e iba modestamente vestido. Una bala le había saltado los sesos.

Brad desanduvo el camino y volvió a la sala donde luchara momentos antes con el falso guarda. Allí estaba el individuo, inconsciente, tal como había dejado.

Volvió a colocar el quinqué sobre el mostrador y se agachó hacia el caído. Por mucho que buscó no pudo encontrar el arma de la cual se había servido, quizá estuviera debajo de cualquier mueble.

Bien, ahora había que reanimar a aquel tipo.

Brad empleó un método sencillo; le dio un par de bofetadas. Tuvo que repetir la operación ante de verle parpadear.

Lo levantó sin ningún miramiento, asiéndole de las solapas. Lo sostuvo contra la pared, golpeándole para acabar de despabilarlo.

El tipo volvió a caer sentado.

El americano lo dejó en aquella postura y comenzó el interrogatorio.

—¿Estás solo?

—Sí.

Brad le registró concienzudamente. Del bolsillo le extrajo la cartera, cuyo contenido vació de ningún documento de identidad, pero sí un puñado de marcos alemanes, así como un boletín de cambio por un importe de mil francos suizos. El boletín procedía de un banco de Colonia y lleva fecha de aquel mismo día.

—Dime quién está contigo.

—Ya le he dicho que estoy solo.

Brad le soltó una bofetada que le hizo ladear la cara. De su nariz comenzó a salir sangre.

—No me gusta que me tomen por tonto, amigo. Repito la

pregunta: ¿quién está contigo aquí?

—Un... un amigo...

—¿Tú conocías este chalet?

—Sí. Estuve aquí hace tres meses.

—¿Con Sonia Kowalski?

Al oír aquel nombre, el individuo miró a Brad con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Qué viniste a hacer aquí?

—Vine a vigilar a un tipo.

—¿Polteri?

—¡Diablos! Está usted informarlo.

El hombre del FBI sacó el 38 y jugueteó con él. Como había previsto, Frantz no había tardado en dar la noticia de su visita a Sonia Kowalski. Y ésta había empezado a mover sus piezas.

—¿Por qué has matado al guarda?

—No quería abrírnos.

—Yo más bien diría que no queríais testigos. Me esperabais, ¿verdad?

El otro no contestó.

—¿Dónde está tu compinche?

No lo sé.

—Brad aproximó el cañón del arma a la sien del Nombre.

—¿Estás seguro?

El hombre comenzó a transpirar.

—Sí... sí... debe estar aún en el chalet.

—Eso está mejor. Vas a escuchar atentamente vosotros dos debéis conocer perfectamente este chalet. Es una ventaja que tenéis sobre mí, además de ser dos contra uno. La oscuridad, por tanto, os favorece. Así que voy a andarme con mucho cuidado. Yo en tu pellejo no trataría de jugádmela ¿entiendes?

—Sí, sí... No se preocupe.

—Pues, ¡andando!

Salieron al exterior. El aire era fresco y húmedo y el lugar de pesadilla a causa del total silencio de la montaña.

—¿A dónde vamos?

—Adonde esté el grupo electrógeno.

El alemán empezó a caminar delante. El grupo electrógeno estaba en el cobertizo que prolongaba el chalet a su derecha.

Llegaron allí.

El cobertizo tenía unos quince metros de longitud y se bajaba a él por una pequeña rampa de tres metros, dispuesta para el paso de los coches que acostumbraban a aparcar allí.

El hombre empujó una puerta a la izquierda y permaneció un segundo en el umbral. Brad le empujó y entró detrás.

—Hay una linterna.

—Dámela.

Luego, el haz de luz descubrió el grupo electrógeno. Era de grandes dimensiones, montado sobre un zócalo y parecía de modelo antiguo aunque suficientemente grande como para alimentar el chalet en plena estación de invierno. Numerosos barriles de combustible llenaban el recinto, por todas partes.

—Ponlo en marcha.

—Han quitado el volante.

Efectivamente, el eje del grupo electrógeno se hallaba exactamente delante de ellos, pero de nada servía si no encontraban el volante para hacer girar.

Brad recorrió con la vista todo el cobertizo, sin perder ni un instante el contacto de su prisionero, que marchaba siempre delante. Uno de los extremos estaba lleno de cajas. Al otro extremo, un coche matriculado en Colonia, sin duda el vehículo que había traído a aquellos dos individuos al chalet.

Un rápido registro del interior del coche le convenció de que allí no había nada interesante.

Tenía que resignarse a pasar la noche sin electricidad.

Empujó al alemán.

—Salgamos.

Sí el compañero de aquel tipo seguía aún en el chalet, en aquellos momentos estaría organizando una buena recepción en honor de ambos, una recepción cargada de plomo.

Detuvo al otro antes de que saliera.

—Un momento.

Sin dejar de apuntarle, levantó el capot del coche y arrancó los hilos de las bujías.

Bruscamente oyó un portazo.

Lanzó un juramento y corrió hacia la puerta. Aquel tipo se había jugado el todo por el todo y, aprovechando un pequeño descuido, se había escapado.

Afuera sólo se oían las pisadas alejándose, hubiera sido una temeridad disparar en la noche, y por otra parte, no hubiera solucionado nada.

¿Hacia dónde se dirigía aquel tipo?

Desde luego, a cualquier lugar menos al hotel. Brad se dirigió hacia el chalet guiado solamente por su instinto. Se detuvo unos segundos en el porche, empuñando su arma, el dedo en el gatillo, inmóvil, silencioso.

Si la huida de aquel tipo no complicaba demasiado la situación, tampoco la simplificaba en absoluto.

Ahora eran otra vez dos contra uno.

Antes de entrar en el edificio, buscó su coche. A tientas levantó el capot y a tientas quitó las bujías, inutilizándolo.

Regresó al chalet y entró.

Lo primero que hizo fue echar una ojeada a teléfono. No era demasiado optimista. Aquellos tipos lo habían destrozado a golpes, después de arrancar los hilos.

¡Estaba incomunicado!

¿Dónde estarían aquellos dos matones?

Todo hacía suponer que merodearían por los alrededores, suponiendo que llegaran a encontrarse. Pero también podía ocurrir que el compañero de alemán se encontrase dentro.

Tenía que echar un vistazo habitación pe habitación.

Empezó por el cuartucho donde yacía el cadáver del guarda. Éste seguía allí, bañado en sangre. Luego recorrió todas las demás piezas de la planta, no sin tomar todas las precauciones, revólver en nano.

Después subió al primer piso. Había una docena de puertas. Apagó la linterna y prestó atento el oído. No se oía nada.

De repente, un ruido le alertó.

Había sonado, imperceptible, detrás de una de las últimas puertas. Se acercó sin casi poner las plantas en el suelo.

Aplicó el oído a la madera.

Un nuevo rumor.

Sin dudar, aplicó un fuerte puntapié a la hoja y el pestillo

saltó. La puerta casi se desencajó de sus bisagras.

Hizo dos disparos.

Una corriente de aire fresco le dio en la cara, pero no ocurrió nada más.

Brad se coló temerariamente en la pieza.

La ventana estaba abierta y el dormitorio vacío. Alguien acababa de escapar.

Se acercó a la ventana. Se abrió sobre el tejado y daba a espaldas de la construcción. A menos de dos metros se distinguía la cuesta a la que se hallaba adosado el chalet.

El hombre había debido saltar por allí.

Con la misma facilidad podía regresar a la habitación, donde seguramente había estado tumbado en la cama sin desnudarse.

Cerró la ventana y salió, bajando a la sala que hacía las veces de comedor. Estaba fatigado. Llevó una silla detrás del mostrador y se sentó, apoyando las piernas en alto. Colocó su arma al alcance de la mano.

Y sin casi darse cuenta, se quedó dormido.

Seis horas más tarde se despertó.

Había amanecido.

Se dijo que había tenido mucha suerte de no haber sido sorprendido por los dos matones enviados por Sonia Kowalski en su busca. No se habían atrevido a irrumpir en el chalet por miedo a encontrarle preparado.

Y él, mientras, ¡durmiendo a pierna suelta!

No pudo menos que sonreír.

Un día pálido, todavía medio oculto por una bruma blancuzca, se pegaba a los cristales de las ventanas, pero permitía distinguir bien el paraje. No le faltaba gracia ni poesía. Se componía de varias cimas pardas, todo ello manchado de verde por la magnífica posición del bosque.

Bajó a la despensa, abrió dos o tres latas de conservas y sació su apetito. Ya se le había olvidado cuándo comió por última vez.

Luego salió, la mano en la culata del 38, oteando los alrededores.

¿Dónde diablos estaban los dos tipos?

El coche que les había traído seguía en el cobertizo.

Brad volvió al suyo y puso las bujías que había quitado, en su

sitio.

Desde donde se hallaba, podían fácilmente disparar sobre él, pero no sucedió nada.

Se sentó al volante, y entonces notó que alguien había estado allí. Pero no se inmutó. Metió la llave de contacto y lo puso en marcha.

El coche retrocedió suavemente hasta la plataforma y enfiló la pendiente bastante pedregosa que llevaba al aparcamiento. Ganó la carretera e inició el descenso. Primero en línea recta, luego en continuos virajes que serpenteaban en torno a la montaña, antes de desembocar en la carretera que había doce kilómetros más abajo.

Las curvas eran bruscas y el lado derecho del camino daba sobre el vacío, con flancos rocosos y sin árboles.

Echó un vistazo a su espalda.

A aquella distancia, el chalet parecía un nido de águilas sobre la abrupta meseta.

El hombre del FBI giró lentamente a la derecha, volvió a aflojar la marcha y rozó el flanco rocoso.

Desde aquel lugar escapaba a la vigilancia de cualquiera que estuviera en el chalet, si es que había alguien. Aparcó a la izquierda del sinuoso camino.

Se apeó.

Inspeccionó la alfombra del suelo y pasó el dedo por el reverso. Notó algunas partículas de metal, como si hubieran limado algo.

Entonces comprendió por qué sus enemigos no parecían muy ansiosos por atraparlo.

Escaló el pedregal que se levantaba frente a él, tumbándose en el suelo. Desde allí podía vigilar el chalet.

Esperó. No tardaría en ocurrir algo, fatalmente.

Brad sólo tuvo que esperar unos minutos.

No le sorprendió ver cómo se abría la puerta del cobertizo. El alemán colocó una piedra calzando cada puerta y volvió al interior. Poco después, el coche descendía la cuesta de cemento y llegaba a terraplén. Al volante iba el otro individuo.

Poco importaba que el motor no tuviera bujías ya que la pendiente de la montaña permitía al coche descender por su propio impulso hasta la carretera.

El conductor se apeó y ambos compinche comenzaron a empujar

el coche.

Cuando el vehículo comenzó a tomar impulso cuesta abajo, el alemán a quien Brad ya conocí tomó asiento al volante. El coche adquirí velocidad.

Agarrado al parachoques, el otro individuo grito algo.

Brad no le entendió, pero había adivinado lo que ocurría. El alemán quería deshacerse de su compinche.

Éste continuaba gritando, agarrado desesperadamente al coche. Dentro de unos instantes se vería obligado a soltarse y entonces se produciría la caída por el abismo.

El

«G-man»

descendió rápidamente hacía camino.

El coche estaba a punto de pasar delante de él. Oyó los gritos. Retrocedió.

Conducido por el alemán, el coche desembocó toda velocidad. El otro, que iba siendo arrastrado por el suelo, gritaba con desesperación.

Brad surgió ante él.

Frenó con brusquedad.

Golpeándose rudamente la cabeza, el individuo soltó el parachoques y rodó por el camino.

El

«G-man»

saltó en su dirección, con el revólver en la mano.

El coche reemprendía ya su carrera endiablada. Pero el hombre del FBI no tenía ningún interés por el conductor.

Se acercó al caído.

—Hola, Frantz.

No le sorprendió demasiado encontrarse con el amiguito de la señora Polteri.

—Levántate.

Bajo la amenaza del arma, Frantz se puso de pie al mismo tiempo que lanzaba un furioso juramento.

—Has tenido suerte de que estuviera yo aquí. Si no, tu amiguito te hubiera despeñado.

Sacó una cuerda del portaequipajes del coche y lo ató concienzudamente, con las manos a la espalda.

—Sube.

Una vez sentado, le ató también los tobillos. Acto seguido, tomó asiento al volante del vehículo. Lo puso en marcha, enfilando la pendiente.

—Ahora vamos a ir en busca de tu amigo.

El otro le miraba preocupado. Gotas de sudor comenzaron a resbalar por su frente.

Brad condujo rozando el ligero borde de cemento que corría por la parte izquierda del camino. Aumentó la velocidad.

Con los ojos desorbitados, Frantz miraba el cuentakilómetros. Cuando la aguja marcó los sesenta, lanzó un grito ahogado, poniéndose tenso.

El «G man» fingía no prestarle atención. Continuó imprimiendo al coche más y más velocidad. Si seguía así, el borde que sólo tenía unos centímetros de altura no serviría para nada. Una caída significaba la muerte para ambos despeñados a centenares de metros de altura.

—Vamos a jugar a algo muy divertido, ya verás. Taparé el cuentakilómetros y tú me dirás, si le adivinas, a qué velocidad corremos.

Colocó su pañuelo sobre el cuadro y empezó a conducir alocadamente. En realidad, marchaban menos velocidad que antes, pero los ruidos de motor y los gestos de Brad engañaban al otro.

Frantz no pudo resistir más.

—¡Pare!

El

«G-man»

sonrió. A cada vuelta de neumáticos rozaba ligeramente la muerte. Pisó el acelerador.

—¡Pare! ¡Pare! Le explicaré lo que quiera.

—Eso está mejor, amigo.

El coche disminuyó sensiblemente su velocidad. El rostro de Frantz recobró su aspecto normal.

—A ver, explícame.

—¿Qué... qué diablos quiere saber?

—Tú sabías que yo iría esta noche al chale —¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo lo sabías?

—Yo me encontraba en el hotel de Colonia, en Koelnich Stentor, vigilando sus pasos.

—¿Qué más? Sigue.

En aquel momento, pese a que el coche iba a una velocidad totalmente normal, un brusco viraje le hizo dar un brinco. Los ojos de Frantz se agrandaron.

—Frene... Por el amor de Dios.

—¿Por qué?

—El otro limó la dirección del coche.

El hombre del FBI no perdió la sonrisa.

—¿El otro o tú?

Un nuevo brinco del coche.

—Nos vamos a matar. ¡Frene!

Brad hizo lo que le pedían. Aparcó a un lado del camino, quedando el vehículo peligrosamente en cuesta abajo.

—¿De quién fue la idea?

—De Sonia... De Sonia Kowalski.

—¿Sabe ella exactamente por qué detuvieron a Polteri?

—No, no exactamente. Polteri sólo le contó a su mujer que tenía una verdadera fortuna en cierta caja fuerte, pero que no podía recuperarla. Por lo visto, usted posee un duplicado, así como la combinación de la caja del Comptoir European des Depots.

—Y tu amigo y tú pensasteis que saboteando mi coche, yo bajaría por la pendiente y vosotros sólo tendríais que recuperar la llave, ¿verdad?

—Sí.

El hombre del FBI tuvo una idea repentina.

—¿Sabes qué te digo? No os hubiera servido de nada. Polteri ha muerto.

—¿Muerto? No.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Su mujer le reconoció en la foto que usted le enseñó ayer. Además, desde que salió de la cárcel Polteri ha escrito a su mujer.

—Pero no desde que salió de Colonia.

—No, pero le telefoneó. Y era su voz.

—¿Y qué es lo que le dijo?

—Que iban a ser ricos.

Brad reflexionó un instante.

—¿Era Sonia Kowalski quién debía entregaros el dinero contra el contenido de la caja?

—Sí.

El «G man» se echó a reír. Luego, sin decir palabra, desató los tobillos y las manos de su enemigo.

—Vamos, lárgate.

Al verse libre, Frantz tuvo una reacción que cogió desprevenido al americano. Arqueó su cuerpo, bloqueando un pie sobre el acelerador a tiempo que daba al contacto. El coche dio un poderoso salto hacia adelante.

Brad trató de cortar el contacto.

El otro se inclinó sobre él y le mordió la mano rugiendo como una fiera. Parecía haberse vuelto loco.

El coche empezó a rodar por el camino. Entonces, Brad se asió desesperadamente al volante y condujo hacia el flanco de la montaña. Un segundo después, el vehículo se inmovilizaba entre un enorme crujido de ballestas.

Miró a su lado. Frantz se había golpeado en la cabeza y había perdido el conocimiento.

Brad pudo descender. Desde fuera, intentó girar le volante, con el fin de desatascar el coche. Pero éste no tardó en enfilarse la pendiente.

Y poco después empezó a correr.

El vehículo se le escapó. Rozó el flanco rocoso, rebotó, y un brinco lo envió al otro lado del camino.

Por fin, el coche desapareció locamente en un peaje, a toda velocidad.

Brad, sin aliento, se quedó inmóvil.

Poco después, un terrible estrépito le heló la sangre. Echó a correr.

Cuando hubo pasado la curva, contempló el vacío y divisó el coche que rodaba interminablemente como un juguete, a lo largo de la pendiente. Cuando estuvo en el centro, se incendió, sin dejar de rodar sobre sí mismo.

Brad continuó caminando hacia la carretera. Volvió a mirar hacia el coche.

Abajo, en el valle, había una serrería junto a un plateado arroyo. Cuando el vehículo se inmovilizó cerca de allí, unos hombres, del

tamaño de las hormigas, echaron a correr en su dirección.

IX

A las seis, el avión de la SWISSAIR aterrizaba en Lausana.

Un taxi condujo al hombre del FBI al centro de la ciudad.

Una vez allí, lo primero que hizo fue pasar por lista de correos y retirar un sobre a su nombre. Una vez en posesión del boleto, se dirigió a la cervecería recuperó, en la consigna, la llave de la caja.

Otro taxi, le llevó a la avenue Cour. Durante el trayecto examinó detenidamente la llave. Era de un replicado y hubiera sido imposible fabricar un duplicado tomando las impresiones en la misma caja.

El

«G-man»

sabía lo suficiente para acelerar la operación. Esperar no habría servido de nada en el caso de una emboscada por parte de la KGB.

Entonces, ¿para qué esperar?

Llegó a la altura del inmueble e hizo parar e taxi.

Pocos instantes después llegaba al cuarto piso. Llamó al timbre.

Esperó poco tiempo. Unos pasos amortiguados sonaron detrás de la puerta. Prestó atento oído.

Oyó la voz de la señora Polteri que preguntaba.

—¿Frantz?

—Sí.

Tan pronto se abrió la puerta, alargó el brazo y asió a la joven por la muñeca. Al momento empuñó el arma.

Lívida, la mujer de Polteri ahogó una exclamación de estupor. Pero no hizo ningún gesto para protestar cuando él penetró en el apartamento.

Brad cerró la puerta de una patada.

—Frantz no vendrá... por el momento.

—¿Qué... le ha ocurrido?

—Nada. Ha tenido un pequeño contratiempo.

—¿Grave?

—No.

—No... no entiendo...

—Ni falta que hace, preciosa.

Ella retrocedió un paso y se pegó a la pared. No cesaba de mirarle, estudiando sus menores movimientos. La halló hostil, desconfiada.

—Usted no puede irrumpir así en mi casa.

—Ya ve que sí puedo.

La empujó hacia el *living* y echó un vistazo rápido por todo el apartamento, con el arma abanicando el aire.

Volvió junto a la mujer y tomó asiento en el sillón.

Ella preguntó.

—¿Qué desea?

—Para empezar, algo de beber.

Ella titubeó, como si buscara un medio de negarse. Finalmente atravesó la estancia con andar cadencioso, cogió una botella de la mesita de ruedas y dos vasos. Le sirvió y se quedó de pie.

—¿Y bien?

El hombre del FBI consultó su reloj. Disponía de muy poco tiempo para llevar a cabo sus planes. Sacó la llave de la caja y la hizo bailar en su mano.

Durante una fracción de segundo, la mirada de la joven brilló duramente.

—¿Conoce esta llave?

—No.

—No se esfuerce en negar, preciosa. Frantz me lo ha contado todo.

—¿Qué diablos ha podido contarle?

Brad sonrió.

—Me explicó ciertos manejos. Y el motivo por el cual fue anoche al chalet.

Ella trató de sonreír, pero sólo fue una mueca forzada.

—Cree que intento confundirla, ¿verdad?

Se metió vivamente la mano en el bolsillo.

Ella debió de reprimirse, ya que esbozó un ademán.

Brad sacó un paquete de cigarrillos y se lo ofreció. Ella rehusó.

—Frantz es un niño grande. Conocía la combinación de la caja, pero le faltaba una cosa que su marido no pudo proporcionarles: esta llave, exactamente. Por eso fue a buscarme al chalet de Ludenscheid, pensando poder robármela.

—¡Usted miente!

—El mismo me lo dijo.

Vivamente, ella alargó la mano hacia una de las copas de cristal.

Brad alzo el arma unas pulgadas.

La señora Polteri dejó la copa. Temblaba de rabia, como si dudara en el modo de reaccionar.

—¿Ha matado a... Frantz?

—No.

Brad fue el primer sorprendido de la convicción que había puesto en la respuesta, por lo que la mujer tuvo que creerle.

—¿Qué quiere usted de mí?

Que se venga conmigo a París. Allí está su marido, ¿no? A no ser que usted prefiera quedarse aquí. Pero ya no la retiene nada. Yo voy a llevarme lo que hay guardado en el banco y luego me iré volando como un pajarito. ¿Qué pintará usted aquí?

La mujer pareció sorprendida por la proposición, como si no pudiera creerla.

—¿Por qué quiere llevarme con usted a París?

—Es lo que desea su marido, ¿no?

—¿Y quién piensa ahora en mi marido?

Brad parpadeó. Aquella mujer que se acercaba lentamente hacia él era otra muy distinta a aquélla que le había abierto la puerta. En absoluto amenazadora, insinuante, sugestiva y con un encanto mórbido y sensual en cada uno de sus estudiados movimientos. Algo con lo que un hombre sueña de vez en cuando, en la soledad de su apartamento.

Ella puso su mano manicurada en el hombro del «G-man».

Sus labios se ofrecieron sin una palabra.

¿Qué podía hacer un hombre sino besarla?

Apasionadamente, por supuesto.

Y luego...

—París... ¿Por qué no? Naturalmente, contigo. Tú y yo juntos.

—Un momento, preciosa. Estás casada.

—¡Bah! Un matrimonio estúpido.

—Así que estarías dispuesta a venirte conmigo.

—Cuando y donde quieras. ¿Sabes cuánto dinero podemos sacar de esa caja fuerte? Suficiente para no preocuparnos más el resto de nuestras vidas.

Brad la separó de sí, sonriente.

—Sabes lo que quieres, ¿eh? Y no escatimas esfuerzos. Sólo que esos documentos no van a enriquecer a nadie. Irán a parar donde no constituyen un problema.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? Tú eres un maldito polizonte. Un agente del servicio secreto de tu país. ¿Quién eres?

—Brad Sturgeon, agente especial del FBI en misión especial. Y adscrito a la División de Seguridad Nacional. ¿Quieres que te dé mi número de clave también? No, no sientes la menor curiosidad, ¿verdad?

El

«G-man»

apuró la copa y la depositó en la mesita.

Cuando llegó a la puerta, disponiéndose a abrirla, la señora Polteri le llamó.

—¡Espere!

No le sorprendió en absoluto aquel nuevo cambio de actitud.

La joven pasó a la habitación vecina. No la veía, pero oía lo que hacía. Adivinó que se estaba vistiendo para irse con él.

Brad fue a mirarse en el espejo del cuarto de baño. Tenía el semblante marcado por la fatiga y roído por la barba. Había en una estantería de cristal una maquinilla eléctrica. La utilizó.

Poco después, la mujer apareció en el marco de la puerta. Parecía extraordinariamente nerviosa. Elegante, esbelta y deliciosamente maquillada, su cabello realzaba magníficamente su indudable encanto. Cualquiera podía hacer una locura si ella se lo proponía y uno se dejaba llevar.

Cualquiera, indudablemente...

—¿Está abajo su coche, preciosa?

—Sí.

—¿Tiene una cartera?

—Espere.

No tardó en regresar con una cartera de cuero negro.

Él se la cogió de las manos y juntos bajaron la escalera.

La noche empezaba a caer.

Una vez en el coche, ella le ofreció el volante.

—No, prefiero que conduzcas tú, monada.

En el momento en que el vehículo arrancaba, el hombre del FBI echó una ojeada atrás a través del cristal.

No había ningún coche detrás.

El Alfa Romeo remontó rápidamente hacia la parte izquierda de la avenue Cour.

Algo más lejos, la joven se dirigió rectamente hacia los nacimientos.

Finalmente, llegaron a la entrada del camino que bordeaba el lago y enfilaron hacia Ginebra. Había poco tránsito y en poco tiempo alcanzaron los ciento cincuenta por hora.

Tensa y alerta, la mujer conducía de manera notable. Parecía ansiosa de llegar a su destino.

Brad habría deseado poder adivinar qué lugar tenía el pobre Frantz en el pensamiento de la joven en aquel momento. Y otro tanto respecto al desdichado Polteri. ¿Qué bulliría en la cabeza tan bellamente peinada?

Volvió a echar un vistazo a su espalda.

¡Un coche negro les seguía!

—Mire por el retrovisor.

Ella obedeció.

—¿Ese coche negro?

—Ajá.

—No será un problema. Si nos está siguiendo, pronto dejará de hacerlo.

—A ver cómo imita a Fittipaldi.

La joven apoyó el pie en el acelerador. La aguja comenzó a avanzar ostensiblemente. El motor casi no cambió de sonido.

El coche negro aumentó también la velocidad, demostrando así que entraba en el juego y que no tenía intención de perderles de vista.

Ella siguió apoyando el pie, con una seguridad y una habilidad en el manejo del volante realmente envidiables.

El

«G-man»

volvió a mirar por el cristal trasero.

A los ciento sesenta, el coche negro fue perdiendo terreno por momentos, más, más y más, antes de desaparecer en una curva.

Más tarde, tal como había dicho ella, el coche negro había dejado de ser un problema.

—¿Por qué cree que nos seguían?

Ella no contestó.

El resto del trayecto hasta Ginebra, la joven permaneció en un profundo mutismo.

A la entrada de la ciudad, el

«G-man»

consultó su reloj. Faltaba todavía media hora para que cerrara sus puertas al público el Comptoir Européen des Depots.

La mujer conocía perfectamente el camino, lo que no era extraño.

Pasado el puente del Montblanc, ella aceleró. Poco más lejos, en una plaza, frenó. Con un signo de cabeza le indicó el establecimiento al otro lado de la misma. Era allí.

El banco, que estaba edificado en la esquina de dos calles, era de piedra sólida, discreto y elegante. Sólo una placa de mármol indicaba su ocupación. Los pocos ventanales abiertos en los tres pisos de la fachada estaban protegidos por barrotes de hierro forjado.

—Bueno, ¿qué espera?

Brad salió de su ensimismamiento. Miró a la mujer, que parecía un tanto nerviosa.

—Hemos llegado, ¿no?

—Sí, ya lo veo.

—¿Qué le pasa? ¿Es que tiene miedo? ¿O es que lo ha pensado mejor y ha resuelto negociar esos papeles?

El hombre del FBI sonrió.

—Sería un triunfo para usted, ¿verdad? Un agente del FBI que se pasa al otro bando, traicionando la confianza que depositaron en él para largarse con una zorrita cualquiera a vivir del cuento con unos miles de dólares.

Ella sonrió a su vez.

—No me molestan ciertos apelativos, Superman. No niegue que le disgustaría muy poco lanzarse a la aventura con una zorrilla como yo.

¡Diablos! Era cierto que la dama parecía sacada de una de esas películas a todo color con bikinis, yates y todo eso. Había que hacer un verdadero esfuerzo mental para pensar en otra cosa cuando ella le miraba a uno así.

Insinuante, seductora, apetitosa...

—No.

—¿Qué dice?

Él la miró como si la viese por primera vez.

—Hum... hablaba conmigo mismo.

—Imagino lo que pensaba. Luchaba contra sus deseos, ¿no es así?

—Quizá.

—Al menos, no es usted de esos tipos a quienes las mujeres no dicen nada.

—Preciosa, usted dice y mucho a cualquiera. No niego que haya agentes de la ley que se olviden de su deber en momentos como éste, pero jamás supe de ninguno dentro del FBI que...

Ella le atajó con un gesto de la mano.

—Por favor, discursos patrióticos, no. Olvidemos el tema, ¿quiere?

—Okay.

El

«G-man»

hizo ademán de abrir la portezuela del coche. Ella ya se había inclinado hacia adelante.

Puso sus labios gordezuelos en los de él en un contacto cosquilleaste. Su perfume envolvió por unos instantes al «G-man».

—¿Y bien?

—Nada, preciosa. No cambio de idea.

Se separó de él.

—Bueno, al menos lo intente.

—Sí, lo intentó.

El hombre del FBI encendió un cigarrillo y cogió a carterita de cuero, mientras oía golpear su corazón dentro de la caja torácica.

No quería pensar, razonar, analizar el extraño sentimiento que se había apoderado de él en aquel momento, incapaz de pronunciarse entre una cierta alegría, un cierto temor y la desconfianza.

Se apeó.

—Espéreme más arriba.

—Sí.

Ella adelantó el coche por el lado de la plaza, dispuesta sin duda a escapar en caso de peligro.

El hombre del FBI atravesó el pesado portal y tuvo la impresión de penetrar en un lujoso apartamento en vez de un banco. Ningún ruido, nadie para recibirle. Vio una sala de espera y entró en ella con la extraña impresión de que acababa de penetrar en una *boîte* sumamente discreta.

No tardó en acudir un empleado.

—¿Qué desea, *monsieur*?

Brad explicó para qué estaba allí.

El empleado salió y de nuevo reinó el más completo silencio en el salón.

Se había llevado su documento de identidad.

Sin duda, iban a hacer averiguaciones, pero por aquel lado Brad estaba tranquilo. No hallaría nada. Por otra parte, si no se había presentado oficialmente ninguna queja contra Brad Sturgeon nadie podía impedirle tener acceso a una caja alquilada con toda regularidad.

La espera le pareció interminable. Sin embargo cuando el empleado regresó, Brad comprobó reloj en mano que su ausencia no se había prolongado más de cinco minutos.

—*Monsieur* Sturgeon, ¿quiere seguirme?

—Okay.

Abandonaron la sala de espera y volvieron vestíbulo.

Después de una serie de despachos, una puerta daba acceso al subsuelo. El empleado descendió la escalera en primer lugar. Una docena de peldaños más abajo, giró el cerrojo de una pesada puerta metálica.

Atravesó un largo pasillo, a cuyo final tuvo que abrir otra puerta.

¡Iban a penetrar en el santuario!

Ante la puerta ya abierta, el empleado se hizo a un lado.

La estancia medía unos cincuenta metros cuadrados. Estaba abovedada y era larga, rodeada a la altura de un hombre por rectángulos metálica que eran los que contenían las cajas.

Una mesa y dos sillas ocupaban el centro de la pieza. No había más mobiliario.

—Cuando haya terminado, ¿tendrá la bondad de llamarme?

—Sí, gracias.

El empleado le indicó un timbre cerca de la puerta y salió silenciosamente.

Una vez solo en la cámara acorazada, el hombre del FBI se dirigió a la caja cuyo número correspondía a la llave.

La caja era como cualquier caja fuerte y estaba encajada en la pared, sólidamente.

Durante un instante, se preguntó si le estarían vigilando desde el exterior, a través de un circuito cerrado de televisión.

¡Era muy posible! Aunque aquellas cajas eran prácticamente inviolables para quien no poseyese la llave correspondiente, por lo que un robo era más que imposible.

La mano del

«G-man»

temblaba cuando abrió la caja.

Allí estaba el jugoso contenido, tal como había dicho Polteri y tal como se imaginaba él mismo. Un montón de billetes de mil dólares para quien pusiera en circulación aquello.

Unas larguísimas vacaciones con cierta zorrита.

El rostro sonriente, seductor y casi embriagador de la mujer que esperaba sentada en el Alfa Romeo daba vueltas alrededor de su cabeza.

Y no se desvaneció de su mente ni cuando sacaba el contenido de aquella caja fuerte del subsuelo de un banco suizo.

Unos papeles manchados de sangre.

Una basura que había costado la vida a Vega y Cárter, dos magníficos muchachos del FBI.

Basura, chantaje, dinero sucio...

X

EL hombre del FBI salió del establecimiento bancario. Se detuvo unos instantes en la acera, con la abultada cartera de cuero en la mano, y buscó con la mirada el Alfa Romeo de su linda acompañante.

Tal como él le había indicado, lo había aparcado un poco más arriba, al otro lado de la plaza.

Recorrió el trayecto a buen paso.

Entrevió a la mujer sentada al otro lado del conductor, por lo que dio la vuelta al coche, abrió la portezuela y fue a sentarse al volante, echando en el asiento la cartera de cuero.

De repente se dio cuenta de que ella no era la esposa de Polteri. Hizo un movimiento para recuperar la cartera, al tiempo que la otra mano iba instintivamente al lugar hacia donde esperada si 38.

—No haga tonterías, federal.

La femenina voz tenía un ligerísimo acento eslavo, pero su tono y su calidad denotaban una educación y una clase poco corrientes.

Brad miró a la mujer.

—¡Sonia Kowalski!

—La misma, amigo Sturgeon. ¿O debo llamar «colega»?

Era la primera vez que la veía en persona, si bien se conocía de memoria aquellos rasgos exóticos aquel bien modelado cuerpo. Las fotos de Kowalski inundaban los archivos del FBI.

Un verdadero bombón, en toda la extensión de la palabra. Parecía alta sin serlo. Su figura tenía un encanto peculiar, una esbeltez felina impregnada sensualidad, provocativa, tensa, nerviosa. Había que ver su cintura de odalisca, sus piernas anuncio, y en el extremo superior su rostro oval con los ojos chispeantes de vida, los labios ávidos de no sabía uno qué. Llevaba el cabello de un

azul rojizo peinado a la moda y el sol había tostado su tez con un matiz bronceo que contrastaba agradablemente con el color de aquél.

Era un auténtico regalo para la vista.

No así la negra automática de factura checa que le apuntaba sin el menor titubeo.

—Confíese que se ha llevado una sorpresa.

—Ajá.

—Lo siento por usted, federal, pero hemos llegado al final de la comedia y en este momento hago mi aparición. Me interesa el contenido de esa cartera.

—A mí también.

La mujer cogió con mano rápida la cartera de cuero y la echó por encima del asiento hacia la parte trasera del vehículo. Brad siguió con los ojos la trayectoria y sólo entonces descubrió el cuerpo inerte de la zorrita de la avenue Cour, manchando de sangre la tapicería.

—¿Está...?

—Muerta.

El hombre del FBI sintió que la ira le cegaba. Sus músculos se pusieron tensos y a punto de dispararse.

Ella movió ligeramente la pistola, segura de sí misma.

—Le repito que no haga tonterías, federal. Tengo buen concepto de usted y ella no se merece que alguien se suicide tontamente.

—¿Era necesario liquidarla?

—Un reptil más o menos no cuenta. Accedió a conseguir esos documentos para mí, pero no confié del todo en ella. Por eso la puse cerca de Frantz. Y ahora pensaba largarse con usted sin cumplir su parte del trato.

El

«G-man»

miró al otro lado de la calle.

Estratégicamente situado, el coche negro que les siguiera a partir de Lausana, parecía montar guardia. No pudo percibir los rostros de quienes le ocupaban, pero no cabía la menor duda que estaba allí.

—Sus amigos, ¿eh?

—Sí.

—Dígame, ¿cuántos agentes tiene la KGB en danza aquí?

Una divertida risita llenó el interior del Alfa Romeo.

—Vamos, vamos, Sturgeon. Utilizo hampones locales siempre que puedo. El dinero lo compra todo. Ustedes, los americanos, lo saben muy bien.

Brad echó una ojeada al cuerpo sin vida.

—¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Una bala en la nuca con silenciador, igual que hizo con ella?

—No sea tonto. No tengo nada personal contra usted, igual que usted no tiene nada persona contra mí. Nos admiramos mutuamente, ¿no es así? ¿Por qué iba a liquidarle? Tanto el FBI como la KGB necesitan buenos agentes como usted y como yo. Quizá algún día uno y otro colaboremos juntos. Las relaciones entre nuestros dos países parece que dejan de ser frías. No hace tanto que Breznev y Nixon se han dado la mano.

Brad le hizo un guiño.

—Sellemos esas maravillosas relaciones entre nuestros países haciéndome entrega de esa cartera.

La mujer sonrió.

—Esto es un asunto muy diferente. Tengo una misión que cumplir. Obedezco órdenes. Sólo el mejor de los dos saldrá de esto con éxito.

—Okay.

El coche negro seguía en su puesto. Los hombres de dentro esperaban el momento de intervenir.

Y la pistola que esgrimía la suave y manicurada mano de Sonia Kowalski no tenía aspecto de ser un juguete.

—¿Y bien?

—Ponga el coche en marcha, por favor.

Obedeció sin rechistar.

El coche negro se pegó a sus talones como una lapa.

—¿Hacia dónde vamos, preciosa?

—Tome hacia el sudoeste de la ciudad. Yo le iré indicando. Francia está a unos pocos cientos de metros de aquí ¿sabe?

—Ajá.

Cruzaron hacia el sudoeste de la ciudad, llegando a una vasta avenida que terminaba en una aglomeración de edificios, siempre seguidos a corta distancia por el coche negro.

Después, la carretera nacional.

—¿Dígame preciosa, por qué por aquí?

—Por Evian, la frontera se halla menos vigilada. Además, abunda el bosque. Es ideal para desembarazarse de un cadáver.

—¡Ah!

Con firmeza, giró a la izquierda. Desembocaba allí un camino arbolado. Terminaba a unos quinientos metros en una carretera de primer orden que, efectivamente, pasaba por Evian.

Pero aquel camino lateral no era muy bueno y el coche se bamboleaba en exceso.

El

«G-man»

miró por el espejo retrovisor y se encontró con el morro del coche negro pegado materialmente a la trasera del Alfa Romeo.

De repente, de un pisotón brutal aplastó el acelerador. El motor rugió, el coche brincó hacia adelante. La aguja del cuentakilómetros se volvió loca. 120... 125...140...

—¿Se ha vuelto loco?

En lugar de responder, el

«G-man»

miró el espejo retrovisor. El coche negro se había quedado atrás sorprendido el conductor con la maniobra.

—Más espacio, federal.

—Usted manda, preciosa.

Sacó el pie del acelerador y lo puso con igual ímpetu en el freno.

A una velocidad endiablada de 140, el brusco frenazo tenía consecuencias diversas. El coche se agarró al asfalto como una lapa, se levantó un poco sobre el morro y sus cuatro neumáticos gruñeron molestos. En cuanto a la pasajera...

La muchacha se vio levantada y despedida de su asiento, yendo a chocar irremisiblemente contra el salpicadero.

Brad aprovechó la ocasión sin perder un segundo. Se apoderó rápidamente del arma.

Luego, detuvo el coche al borde de la carretera.

—Vamos, salga.

La muchacha se levantó a duras penas del suelo, sentándose en su sitio. Echó una mirada de reojo a la cartera de cuero, caída en la parte trasera del coche.

—No intente nada. Salga del coche.

Pero ya el coche negro frenaba estrepitosamente detrás del Alfa Romeo. Aparcado en la cuneta opuesta, vomitaba tres hombres de estatura mayor que la normal y de sospechosa corpulencia.

La chica descendió del Alfa Romeo.

Brad comprendió al punto que no le sería posible escapar a las balas de sus perseguidores.

Uno de ellos abrió la portezuela de un tirón y trató de agarrarlo por las solapas. Sólo fue un mero intento, desde luego, porque el hombre del FBI lo esperaba. Actuó con tanta celeridad que ninguno de ellos captó su rápido movimiento.

Aplicó el tipo una llave aprendida y practicada en la Academia de Quántico. El individuo dio una grotesca vuelta en el aire y fue a estrellarse contra el suelo, levantando una nube de polvo.

Rehechos de la sorpresa, el que le seguía se lanzó en tromba contra Brad, dispuesto a machacarle el cráneo con la culata de su arma. Un golpe que fue parado en seco por el brazo levantado del «G-man».

La mano recta, como una tabla, golpeó secamente, con el impacto preciso, el cuello del tipo. Éste quedó como fulminado y cayó al suelo sin conocimiento, igual que un saco de patatas.

Fue a volverse hacia su tercer enemigo cuando el ruido del motor del Alfa Romeo le alertó. Sólo tuvo tiempo de ver cómo se alejaba a todo gas pare tomar la carretera hacia Evian.

—¡Diablos! La muy...

Sintió un culatazo en la nuca.

Se hundió en la más negra inconsciencia, como si un abismo de negrura lo engullera y sus piernas todo su cuerpo, se negaran a sostenerlo.

Sólo estuvo inconsciente unos minutos.

Se puso en pie, tocándose el dolorido chichón en la cabeza, y caminando unos pasos hacia la carretera.

Hizo señas a un coche que corría en dirección a Ginebra.

Con gran sorpresa, no tuvo que repetir el ademán. Su amable ocupante le hizo subir y le preguntó dónde quería que le dejara.

Brad le ofreció un cigarrillo.

Su pensamiento voló hacia el Alfa Romeo. Sonia Kowalski se detendría en algún punto de la espesura junto a la carretera y se

desharía del cadáver. Luego seguiría hacia la frontera, seguida de sus compinches en el otro coche. O bien se desharía del Alfa Romeo.

Quizá ya hubieran pasado la frontera.

PUNTO FINAL

El Comptoir Européen Des Depots.

EL hombre del FBI atravesó el pesado portal y penetró en lo que más parecía un lujoso apartamento que un banco. Entró en la sala de espera que tenía más aspecto de discreta *boîte*.

El mismo empleado que le recibiera la vez anterior acudió ahora.

—¿Qué desea, *monsieur*?

Brad le explicó por qué estaba allí.

—¿No estuvo usted ayer a última hora?

—Ajá.

A pesar de conocerle ya, se llevó su documento de identidad y cumplimentó todos los requisitos exigidos por el reglamento del banco.

Volvió a aparecer poco después.

—*Monsieur* Sturgeon, ¿quiere seguirme?

—Sí.

Mientras se encaminaban uno tras otro en dirección a la bóveda del banco, el hombre del FBI no pudo menos que sonreírse interiormente. ¿Habría tardado mucho tiempo Sonia Kowalski de abrir la cartera de cuero negro? Le hubiera gustado ver su cara al encontrarse con su contenido.

Varios periódicos y revistas cogidos en el mismo vestíbulo del banco.

El precioso y valioso contenido de la caja fuerte estaba todavía allí, a salvo de las manos codiciosa de aquellas dos mujeres.

¡Pobre señora Polteri!

En cuanto a Sonia Kowalski, ¡ojalá volviera a encontrarse con ella!

¿Por qué no?

FIN

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

12
Ptas.

